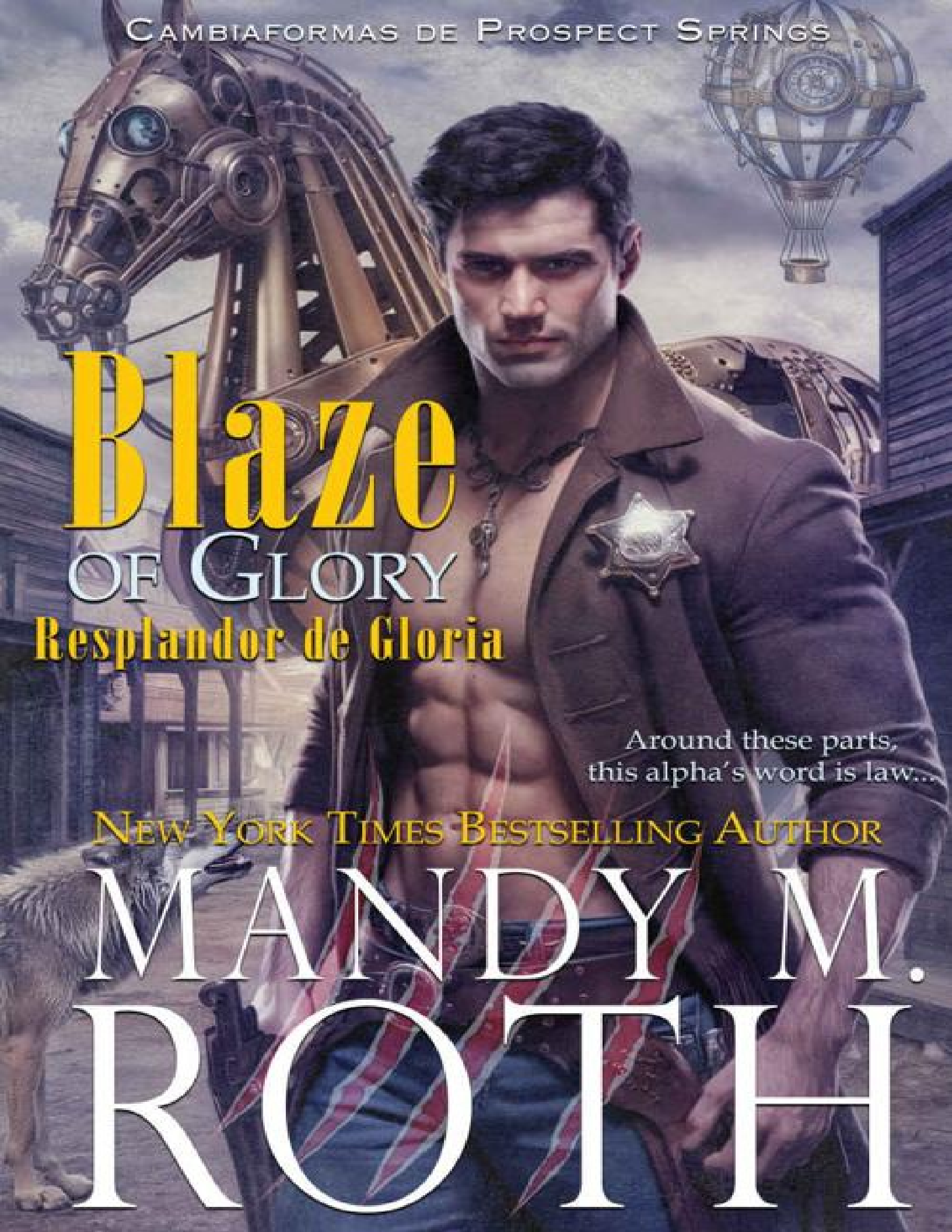

Cambiaformas de Prospect Springs
Blaze
of Glory
Resplandor de Gloria
Around these parts,
this alpha's word is law...
New York Times Bestselling Author
Mandy M.
Roth

RESPLANDOR DE GLORIA

Cambiaformas de Prospect Springs

Libro 1

REAGAN HAWK

Resplandor de Gloria (Cambiaformas de Prospect Springs) © derechos de autor de Mandy M. Roth, septiembre de 2011

Tenga en cuenta: Nuestros procesos de traducción y edición pueden combinar la experiencia de traductores humanos con herramientas lingüísticas avanzadas. Aunque nos esforzamos por alcanzar la máxima precisión, algunas contribuciones pueden proceder de hablantes no nativos o de sistemas automatizados

Este libro ha sido traducido de su idioma original en inglés al español.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Epílogo

Sobre la autora

Sobre el libro

Este libro ha sido traducido de su idioma original en inglés al español.

El sheriff Jonathan MacSweeny está a cargo de mantener la paz en Prospect Springs. La vida en la frontera no es lo que solía ser. Es difícil sobrevivir en el Nuevo Viejo Oeste y es aún más difícil cuando tu área no acepta exactamente a los sobrenaturales, y tú aúllas a la luna. Dicho esto, es bueno en su trabajo y tiene reputación con las damas. Cuando se entera de que su amor de la infancia va a ser casada con el sinvergüenza del pueblo, entra con las armas en ristre para asegurarse de que sea suya. El problema es que Molly no es la misma chica que recuerda de hace diez años. Ahora es una mujer fatal que porta un arma, maldice y tiene una placa propia.

La alguacil especial Molly Cogan nunca planeó volver a pisar Prospect Springs. Cuando su amiga tiene la descabellada idea de robar su identidad en un intento de protegerla de la recompensa que los forajidos han puesto sobre su cabeza, Molly se encuentra parada en medio del caos, o en casa, en su caso. No pasa mucho tiempo antes de que Jonathan esté allí, luciendo esa famosa sonrisa de los chicos MacSweeny y tentándola de maneras para las que no estaba preparada. Esta alguacil de corazón endurecido tiene trabajo por delante si planea enfrentar los miedos de su pasado y a su antiguo amor.

Capítulo Uno

NUEVA FRONTERA OESTE, Prospect Springs, Nueva Tierra, 2807

—Jon, ¿qué demonios crees que estás haciendo? No puedes ir cabalgando al pueblo, armando un alboroto y reclamando la propiedad de otro hombre.

Jonathan MacSweeny fulminó con la mirada a su mejor amigo y primo, Eli MacSweeny. El temperamento de Jonathan ya era malo para empezar. Solo había empeorado desde que se había levantado y esto no estaba ayudando en absoluto. Al ritmo actual de progresión, era probable que lanzara fuego por los ojos y despedazara a un hombre antes de que terminara la noche. Lo primero estaba fuera del alcance incluso para alguien como Jonathan, pero lo segundo era una posibilidad clara.

—Que el hombre haya tenido algo que ver en engendrarla no significa que sea su dueño —enfatizó Jonathan—. Y si me apetece armar una escena, lo haré. —Apretó las riendas de su caballo; la necesidad de ponerse en camino era grande para Jonathan. Cada segundo que se demoraban era un segundo que podría haber pasado con la mujer que lo ponía del revés con nada más que una mirada.

—Según la ley, su padre sí es su dueño. Al menos hasta que la casen, entonces lo será su marido. —Eli inclinó ligeramente la cabeza, enviando mechones oscuros sobre sus hombros. El cabello negro azabache era un rasgo de los MacSweeny, uno que las damas parecían adorar y que las mujeres mayores que iban a la iglesia parecían tomar como una señal del diablo. Probablemente no ayudaba mucho que los chicos tuvieran ojos inhumanos. No eran exactamente humanos, así que de alguna manera iba de la mano.

Afortunadamente, a lo largo de los años, la gente religiosa en Prospect Springs había llegado a entender que, aunque por todas las apariencias externas la familia MacSweeny estaba tocada por el diablo, no significaban ningún daño y eran chicos honestos. Quiénes y qué eran no era un secreto total porque los rumores circulaban. Los chicos no hacían nada para detener los chismes.

Casi todos ellos se habían quedado en la zona. Ninguno había formado familia todavía. Probablemente era algo bueno ya que eran tantos. Demonios, había cuatro solo en su familia inmediata. Eli tenía dos hermanos. Eso ya los llevaba a siete y Jonathan ni siquiera había empezado a pensar en sus otros dos tíos y sus hijos.

Todos chicos.

Todos alborotadores.

Todos diferentes.

Todos especiales.

—La ley está equivocada, Eli —dijo Jonathan—. Simple y llanamente, el hombre no tiene

derecho a forzar a su hija a casarse con un bastardo lujurioso solo porque le conseguirá mayores donaciones a su parroquia. Gerald Wilson es una serpiente que ha violado a más mujeres que no y no voy a permitir que ponga sus manos sobre Molly.

De nuevo.

No expresó su última preocupación, pero era evidente por la tensión que llenaba el área. Jonathan se pudriría en los pozos del infierno antes de permitir que Gerald Wilson se acercara a Molly otra vez. Había pasado una década arrepintiéndose de haber sido lo suficientemente tonto como para dejarla accesible a Gerald para empezar. Debería haberla reclamado como su compañera en el minuto que se dio cuenta de que eso era lo que ella era para él.

Era un pensamiento absurdo y lo sabía. Habían sido demasiado jóvenes para que él siguiera su instinto. A Gerald no le había importado un comino la inocencia de Molly. Solo por eso, Jonathan había vigilado al bastardo desde la distancia, esperando que diera un paso en falso para estar justificado en matarlo.

—Bla, bla, bla —dijo Parker, el hermano mayor de Jonathan, mientras cabalgaba a su lado. Estabilizó su caballo y asintió hacia la noche—. Te oigo hablar, hermanito, pero no te oigo decir qué es lo que vas a hacer para rectificar la situación.

—¿Rectificar? —Eli sonrió. No hacía falta mucho para darse cuenta de que estaba de humor para hacer travesuras—. Confía en el doctor para aparecer y empezar con palabras elegantes. Puede que tengamos que parar en un Puesto Fronterizo y buscar esa palabra.

Parker levantó su dedo medio y ofreció una sonrisa arrogante. —Rectifica esto, imbécil. Y me parece que el abogado de la familia tendría algo de influencia en cuanto a cambiar las leyes, pero parece que eres tan inútil como tu última novia afirmó que eras. —Dejó que su dedo medio cayera lentamente mientras su mirada se deslizaba hacia la entrepierna de Eli.

Eli se encogió de hombros. —Considerando que la tuve gritando mi nombre en éxtasis detrás de la Tienda General, no veo cómo se me podría etiquetar de inútil. Un poco lascivo tal vez, ¿pero inútil? No. —Se frotó la barbilla, haciendo su mejor esfuerzo por ocultar una sonrisa maliciosa. Obtenían demasiada alegría de burlarse unos de otros—. En cuanto a las leyes, no puedo cambiarlas. Solo puedo torcer las ya existentes a mi favor.

Las orejas de Jonathan se aguzaron mientras acariciaba su arma lateral y luego su placa. La plata le quemaba ligeramente al tocarla, pero aun así, su mano permaneció allí. Era un recordatorio no solo de quién era sino de qué era. Era el sheriff pero también era más que un hombre. La bestia, que sufría una sensibilidad a la plata, había jurado un juramento de proteger a Molly y el hombre apoyaba la decisión de todo corazón. Los dos habían llegado a una conclusión hace mucho tiempo: ella no debía ser dañada y, algún día, sería suya. —¿Tienes planeado torcer alguna ley, primo?

—Un montón de súplicas, Jon. Eso es todo. —Eli se rio entre dientes—. Bueno, eso y le dije a Parker que trajera algo de aspirina. Puede que la necesites después de que te cuelguen por una mujer. Agradece que un ahorcamiento no te matará. Solo te hará doler la cabeza y el cuello por unos días. Ahora, si deciden atravesarte el corazón con estacas de plata o cortarte la cabeza, bueno, ese es otro asunto.

—Maravilloso. —No se molestó en ocultar su sarcasmo—. Y gracias por la muestra de apoyo. Me reconforta saber que mi familia está segura de que me romperán el cuello antes de que termine el día.

El pequeño resoplido que vino de Eli no pasó desapercibido para él, ni tampoco la mirada penetrante que el hombre le dio. Esos ojos de color lavanda siempre parecían conocer la verdad.

Eli declaró lo obvio de todos modos. —Jon, esto es un montón de problemas para pasar por

una chica que ni siquiera has visto desde que apenas te llegaba a la rodilla. ¿Cuánto ha sido? ¿Diez años ya?

Era la verdad. Jonathan no había visto a Molly Cogan desde que ella tenía dieciséis años, pero eso no importaba nada. Cuando le llegó la noticia de los planes de su padre, se había cegado de rabia. Molly había sido un espíritu libre, una renegada femenina. Tanto así que su padre la había enviado lejos, avergonzado de ella aunque no había nada de qué avergonzarse. Molly era un tesoro raro, o al menos lo había sido.

Y siempre lo serás, MacSweeny.

Sonrió mientras su voz interior lo reprendía tan rápida y severamente como lo haría Molly. Sujetó con más fuerza las riendas de su caballo. Habría sido más rápido tomar su corcel de acero. Estaban construidos para parecer caballos reales excepto por las patas. Los corceles de acero no tenían ninguna. Flotaban justo por encima del suelo, de quince a veinte centímetros. Jonathan había montado un manillar en el cuello del suyo. Ayudaba a dirigir mejor y le permitía inclinarse más hacia adelante, reduciendo la resistencia del viento. Todos los chicos MacSweeny tenían corceles de acero, pero las malditas bestias mecánicas tendían a ser impredecibles y, como funcionaban tanto con combustible como con energía solar, uno debía asegurarse de tener suficiente de ambos. El combustible no era un problema, era la luz solar. No quedaba mucha para el día y de ninguna manera Jonathan iba a arriesgarse a que algo arruinara su llegada a Molly. No, tomaría lo que era probado y confiable, su yegua.

—Vamos a cabalgar.

Capítulo Dos

MOLLY COGAN FROTÓ las palmas de sus manos sobre sus muslos cubiertos de cuero, desesperada por eliminar el sudor mientras echaba un vistazo desde debajo de su sombrero de ala ancha. Se había quitado los guantes sin dedos, sabiendo que podría tener que disparar para salir de una situación complicada. Le gustaba tener las manos desnudas en la empuñadura de su arma.

La necesidad de mezclarse con los hombres a su alrededor era grande y a veces difícil. No era como si hace mucho tiempo se hubiera propuesto vivir en un mundo de hombres, haciendo un trabajo de hombres y arriesgando su vida. Simplemente sucedió así. No era tanto su sueño como su realidad y, actualmente, su realidad exigía que se mezclara. Su altura ayudaba. Con sus 1,73 metros era más alta que la mayoría de las mujeres, pero no había mucho que pudiera hacer para ocultar sus curvas femeninas. Lo mejor que había podido idear a lo largo de los años era usar una gabardina de cuero larga y sobredimensionada. No es como si pudiera vendarse los pechos y aun así poder respirar cómodamente.

Echó un vistazo a una mujer igualmente alta con un vestido de seda azul, pero le habló a la persona a su lado.

—Está haciendo un maldito buen trabajo haciéndose pasar por mí.

Cole, su mejor amigo y mano derecha, se rio entre dientes.

—Lynn ha tenido ocho años observando tu coraje para hacerlo bien, Molly. No quiero meterme en problemas, pero ella está mucho más cómoda en ese vestido de lo que tú estarías jamás.

Resoplando, Molly observó a su amiga Lynnette fingir ser una dama tímida y recatada de clase mientras se preparaba para salir de la diligencia cuando esta dio su último silbido, liberando vapor por la ventilación superior. El cochero presionó el botón de liberación en el costado del coche y unos escalones de hierro surgieron de un compartimento justo debajo del área de pasajeros. Los escalones se formaron, haciendo un fuerte ruido metálico. Cuando golpearon la tierra dura y desgastada, el ruido cesó. El cochero le tendió la mano a Lynnette. Educadamente, ella la aceptó, bajando cada escalón lentamente como si dudara de su decisión.

El largo cabello castaño de Lynnette estaba besado por el sol en varios lugares, al igual que el de Molly, dejando mechones rubios corriendo por él. A menudo la gente comentaba sobre sus similitudes, asumiendo que eran hermanas. No eran nada de eso. Eran más cercanas que hermanas. Un vínculo forjado por años de correr libres en un mundo de hombres. Un vínculo tan cercano que de alguna manera había logrado hacer que Lynnette pensara que estaba ayudando al sacrificarse por el bien "mayor".

La ira recorrió a Molly mientras observaba a su amiga actuar como si fuera ella. Cuando se

despertó hace una semana y se dio cuenta de que Lynnette no solo se había ido, sino que se había ido con la intención de fingir ser ella, Molly había querido escupir clavos. Eso había disminuido un poco, solo para ser reemplazado por una preocupación constante. Ella y Cole habían cabalgado tan rápido como sus corceles de acero podían viajar para rastrearla.

Cole trataba a su corcel como si fuera su bebé. Molly no era tan cuidadosa en su mantenimiento y se notaba. El suyo tenía múltiples manchas de óxido, sellos rotos, un problema para detenerse rápidamente y, más recientemente, un cilindro con una grieta capilar y un pistón parcialmente funcional. Esto hacía que su corcel fuera temperamental e impredecible, rasgos que Cole decía le recordaban a ella. La cosa era probada y verdadera. La había llevado hasta Lynnette justo a tiempo, por lo que parecía.

Las entrañas de Molly se revolvían. El sudor le goteaba por la espalda, entre los omóplatos. Perder a Lynnette no era una opción. Eran una familia, por muy dispar que fuera.

Lynnette ofreció una pequeña sonrisa, teniendo cuidado de mantener la mirada apartada del grupo de hombres con los que se estaba reuniendo. Molly sabía por qué. Se parecían lo suficiente hasta que llegabas a sus ojos. Mientras que los de Lynnette eran azules como el cielo, los de Molly eran verde esmeralda. Mientras veía a su padre ofrecer su brazo a Lynnette, Molly supo que el hombre no tenía idea de que no era realmente su hija a quien estaba saludando. Los diez años desde la última vez que lo había visto lo habían dejado con un aspecto más viejo. Menos intimidante. Menos omnisciente. Su cabello blanco como la nieve estaba peinado hacia atrás y su rostro parecía más delgado que antes. Eran evidentes los signos de la edad y el desgaste diario de la vida.

Le dolía verlo así. A sus ojos, su padre era inmortal. Si tan solo la vida eterna fuera real, entonces quizás tendría tiempo para ganar su aprobación. Dudoso. Ella no era ni un hombre ni una mujer sumisa. Tampoco ponía mucha fe en su fe ciega. Su padre había querido un hijo. Todo lo que obtuvo fue una hija rebelde.

Observó cuidadosamente cómo su tío William, el único pariente vivo de su difunta madre, saludaba a Lynnette. Se tensó y su mirada inmediatamente recorrió la multitud.

Él sabía que no era ella.

El pecho de Molly se apretó. Si el tío William revelaba su secreto, perdería el elemento sorpresa y su plan se arruinaría. Lo sintió entonces, el tirón mágico que su tío siempre había tenido sobre ella, separándolos de los humanos. Su madre también lo había poseído, pero su padre no. El poder atrajo su mirada hacia la de su tío a través de la multitud.

Su mirada verde se fijó en la de ella. Las comisuras de su boca se tensaron ligeramente como si estuviera conteniendo una sonrisa. Asintió y extendió su mano hacia Lynnette.

—Aquí está mi pequeña princesa.

Sorprendida de que su tío no solo se hubiera dado cuenta de que Lynnette no era ella, sino que también hubiera seguido la charada, Molly dio un pequeño paso atrás, chocando contra algo duro y demasiado masculino: Cole.

Él se rio, su aroma envolviéndola. Olía a polvo del camino y aceite de reparar uno de sus corceles de acero. Su rostro incluso tenía una ligera capa de suciedad por lo duro que habían cabalgado para llegar a tiempo. Ella lo miró, notando sus gafas de montar colgando sueltas alrededor de su cuello.

—Un poco más a la izquierda y podrás rascar esa picazón mía —dijo Cole, riendo en su oído.

Ella le dio un codazo en las costillas, encontrándose solo con músculo, e hizo una mueca cuando el dolor le recorrió el brazo.

—Por el amor de Dios, ¿podrías callarte?

Cole se atragantó con nada y tosió ruidosamente.

—¿Por el amor de...? —Tocó su hombro—. Molly, creo que te amo. Tu boca inventa las frases más sexys.

Poniendo los ojos en blanco, esbozó una sonrisa mientras se sacudía su mano de encima.

—Por supuesto que sí. Todos los hombres lo hacen. Soy absolutamente irresistible.

Molly habría dicho más, pero un grupo de hombres eligió ese momento para acercarse desde las sombras. La bilis le subió a la garganta cuando el líder fijó su mirada en Lynnette. El rostro del hombre había perseguido sus sueños durante años.

—Gerald Wilson.

Cole fue por su arma y Molly le agarró el brazo. Lo último que necesitaba era que Cole fuera juzgado por matar a un hombre que apestaba a maldad pero siempre lograba mantenerse dos pasos por delante de la ley.

—No.

—Pero, dijiste Gerald Wilson. Ese es el hombre que me dijiste...

Molly levantó la mano, deteniendo a Cole a mitad de la frase.

—Sé lo que hizo, Cole. Yo estaba allí. Nunca lo olvidaré. —Suspiró—. Solo observa. Esto no se trata de él. Al menos no hoy.

Aunque lo será antes de que me vaya.

—Si le toca un solo pelo a Lynn, yo...

Molly se rio.

—Cole, tú sabes tan bien como yo que Lynn le cortaría el pene a Gerald y lo mandaría al otro lado de la galaxia en un abrir y cerrar de ojos si se atreviera a ponerle una mano encima. Ella está bien. Más que bien. Lo que la chica no puede hechizar, lo logra moler a golpes, así que estoy tranquila asumiendo que Gerald Wilson no llegará muy lejos en la categoría de avances con ella, no si quiere mantener su hombría intacta.

Sin querer confiar en sus propios instintos, Molly tocó el látigo que llevaba al costado. Ya no era una niña pequeña. No tenía dieciséis años, ni estaba asustada o era ingenua. No volvería a huir del hombre grande, aterrador y todopoderoso.

Ya no.

Nunca más.

Su padre se volvió y saludó a Gerald con un firme apretón de manos. La idea de tocar al hombre la repugnaba.

—Ah, me alegro de que hayas podido venir. Yo... —Su padre se limpió un poco de sudor de la frente, pareciendo nervioso—. No he tenido la oportunidad de hablar con Molly sobre nuestro acuerdo.

¿Acuerdo?

La mirada de su tío se cruzó con la suya una vez más. Algo en sus ojos le decía que no interfiriera. Ella escuchó, observando en silencio desde un lado mientras Lynnette hacía lo que Molly nunca se sentía muy cómoda haciendo: interpretar el papel de una dama obediente.

Lynnette ofreció una sonrisa forzada.

—Papi, ¿me estás ocultando secretos?

—No, Molly —Su padre puso su cuerpo entre Lynnette y Gerald—. Solo una sorpresa, eso es todo. Estoy seguro de que te encantará.

Curiosamente, no sonaba muy seguro.

Pasándose una mano por su largo y ondulado cabello rubio, Gerald se mordió el labio inferior. A Molly le costó todo su autocontrol no arremeter contra él, recordando demasiado bien

cómo se había visto ese rostro mirándola lascivamente con nada más que lujuria maliciosa brillando en sus ojos.

—Molly, cuánto tiempo sin verte. Es muy bueno tenerte por estos lares de nuevo.

Lynnette manejó a Gerald con gracia. Él se quitó el sombrero ante ella y ella hizo una reverencia, sin apartar la mirada de él. Él le ofreció su brazo y Lynnette lo tomó, sin que la falsa sonrisa en su rostro flaqueara. En cuestión de segundos, Lynnette encontró una excusa para soltar el brazo de Gerald. Molly supuso que Lynnette podía sentir lo canalla que era Gerald y no quería que su asquerosidad residual se le pegara.

Molly quería golpear al bastardo. Aplastar su arrogante cabeza contra el edificio hasta estar segura de que nunca volvería a lastimar a otro ser vivo. No podía preocuparse por él ahora. Tenía que preocuparse por el grupo de forajidos que buscaban conseguir presas valiosas, principalmente ella y Cole. Aunque mayormente solo ella. La recompensa por su cabeza parecía crecer a diario. Podría tener algo que ver con su proporción de muertes-capturas, pero no estaba segura.

Como cazarrecompensas paranormales, Alguaciles Especiales, tendían a tener que matar a la mayoría de sus objetivos. No importaba. Les pagaban de todas formas. Además, mantenían baja la población carcelaria. Le parecía una situación ganadora. Los forajidos no lo veían exactamente de esa manera. El grupo en cuestión era la razón por la que Lynnette había ideado la descabellada idea de fingir ser Molly.

Molly observaba a la multitud cuidadosamente, sintiendo que algo no estaba del todo bien. Cuando Lynnette se tensó, supo que su amiga también lo percibía. Molly no cuestionaba las habilidades psíquicas de Lynnette.

—Estate lista —le dijo Molly a Cole en voz baja.

Cole asintió cuando un enorme destello de luz apareció al otro lado de la multitud, más cerca de Lynnette.

Transportadores ilegales.

Se suponía que los Puestos Fronterizos eran la única forma en que las personas podían transportarse rápidamente de un lugar a otro. Los Puestos requerían una identificación adecuada y créditos suficientes. Principalmente solo los ricos podían permitirse usarlos para viajar. Los forajidos habían obtenido formas ilegales y portátiles de transportarse. La tecnología que usaban no era ni de lejos tan estable como la de los Puestos, pero eso no les importaba. Solo les interesaba una entrada y salida rápida.

En un abrir y cerrar de ojos, el lugar estaba repleto de más forajidos de los que a Molly le gustaba contar. Respiró hondo y susurró:

—Hijo de puta.

Gerald trató de agarrar a Lynnette de manera dominante pero protectora, como para reclamarla. Molly pensó en dispararle a quemarropa entre los ojos, pero se contuvo cuando vio a Lynnette esquivar hábilmente su agarre. Lynnette se giró rápidamente y chocó de lleno contra un tipo grande y musculoso con un gabán y sombrero negros. Algo en el hombre le resultaba familiar a Molly, pero estaba demasiado lejos para verlo bien y entender por qué. Además, tenía preocupaciones más grandes en ese momento.

Capítulo Tres

JONATHAN EXTENDIÓ la mano y estabilizó a la mujer alta con el vestido azul claro. Era ceñido, dejando sus cremosos pechos elevados como una ofrenda en una bandeja. De no haber sido un hombre respetable, podría haber considerado la idea de probarlos. Tal como estaban las cosas, había venido por una sola mujer.

Parker gruñó y por un momento Jonathan pensó que el hombre podría realmente agarrar a la mujer y gritar "mía". Como eso no era algo que su hermano mayor solía hacer, Jonathan se arriesgó a mirarlo. Parker miraba a la mujer con ojos plateados.

Sí, la palabra mía *definitivamente está en la punta de la lengua de mi hermano.*

—Molly, ven, no es seguro —dijo el predicador Cogan, extendiendo la mano hacia la mujer que aún estaba pegada a Jonathan.

Jonathan se puso rígido. —¿Molly?

La mujer levantó la mirada. Unos enormes ojos azules le devolvieron la mirada y él negó con la cabeza. —¿Molly? No. Tú no eres...

Algo parecido al miedo brilló en sus ojos. —Ya voy, papá.

Se dio la vuelta y fue rápidamente llevada hacia el refugio del almacén general. Parker se acercó a su lado y dejó escapar un silbido bajo. —Maldita sea, hermanito. Si tú no quieres follártela, lo haré yo.

—¿Follarme a quién? —preguntó, mirando fijamente a la mujer que decía ser Molly. Ciertamente, se parecía mucho a lo que Jonathan podía recordar de la ardiente belleza, alta, delgada, cabello castaño con mechones dorados por todas partes, pero no era Molly. Él conocía el aroma de Molly. Lo había memorizado, grabado en su mente, en su cuerpo.

La mujer, aunque similar, no era su Molly.

¿Mi Molly?

—¿No vas a gritarme por hablar así de Molly? —preguntó Parker, empujándolo ligeramente.

—Muestra algo de respeto por la dama, Parker —dijo—. Te patearé los dientes hasta la garganta si vuelves a hablar así de Molly. Es mía. Entiéndelo ahora. No te lo volveré a decir.

¿Mía? ¿Qué?

—¿Tuya? —preguntó Eli, acercándose por el otro lado. Se quitó el sombrero y lo sostuvo en sus manos mientras observaba la escena frente a ellos—. Me parece que tenemos algunos forasteros aquí. No parecen muy amistosos tampoco. Supongo que eso significa que no tenemos que fingir ser los tipos acogedores.

—Vaya, y yo que tenía mi discurso de "Prospect Springs es el mejor lugar del territorio" todo listo para usar. Con palabras grandes y elegantes y todo —agregó Parker, riendo suavemente—.

Es una lástima que no vaya a poder usarlo.

Jonathan miró al grupo bastante grande de personajes desagradables al otro lado, notándolos por primera vez desde su llegada. Instantáneamente, sus instintos depredadores se activaron, señalando peligro. También señalaban algo más. Molly estaba cerca. La Molly Cogan *real*. Podía oler su dulce aroma a melocotones y crema mientras era llevado por la brisa. También podía oler su marca en ella. Aquella de la que nunca le había hablado. La que, si alguna vez la llevara a su cama, significaría que era su esposa.

Sus palmas comenzaron a picar ante la idea de acostarse con Molly, de estar con su pareja. Probablemente sería una experiencia que nunca olvidaría y de la que nunca tendría suficiente. El aroma de Molly lo asaltó. Sus fosas nasales se dilataron mientras su miembro se endurecía. Era todo lo que podía hacer para no cambiar de forma y cazarla. —Ella está aquí.

—¿Quién? —preguntó Eli, evaluando al grupo de forasteros.

—Molly.

Parker resopló. —Ah, ¿no me digas, en serio? Mi polla aún está dura después de verla en ese vestido azul. Quería lamer la parte superior de sus pechos antes de hundirme profundamente en ella. Siempre supe que era guapa, pero nunca me había causado ese efecto.

—Esa *no* era Molly —espetó Jonathan—. Si lo hubiera sido, estarías tratando de encontrar tu cabeza porque te la habría arrancado de un golpe.

El juez William Wheeler caminó directamente hacia Jonathan. El cabello castaño del hombre se agitaba con la brisa y parecía un ciudadano modelo en su traje gris oscuro. Jonathan sabía que no era así. Sabía que el juez era todo menos normal, también era un gran hombre.

Realmente no quería detenerse a tratar con el juez, pero no parecía tener mucha opción en el asunto. —Buenas tardes, juez. Su sobrina ha atraído a mucha gente aquí. Mucha gente debe estar feliz de verla volver a casa después de todos estos años.

Principalmente él mismo, pero Jonathan omitió esa parte.

William asintió. —Buenas tardes. —Se acercó a Jonathan y bajó la voz—. Mi sobrina está en grave peligro. Creo que estos hombres que aparecieron de la nada la están buscando. He oído rumores sobre un precio por su cabeza. Parece que han venido a intentar cobrarlo.

Parker gruñó. —Nadie le pondrá una mano encima. —Miró a lo lejos en la dirección en que la mujer del vestido azul se había marchado.

William sonrió. —Creo que los hombres piensan como tú, Parker, que la mujer de azul es mi sobrina. No lo es.

—Te lo dije —dijo Jonathan, sonriendo. Era infantil, pero lo hizo de todos modos. Se centró en William—. ¿Qué quiere decir con que aparecieron de la nada?

—Se transportaron aquí, Jon, sin usar un Puesto Fronterizo.

Oh, mierda. Esto es malo.

—¿Forajidos? —preguntó Eli, expresando la siguiente pregunta de Jonathan.

William asintió. —Sospecho que sí. No viajaron por medios de transporte regulares, así que asumo que no tienen los papeles correctos. Hay algo más. —El hombre mayor se acercó a Jonathan—. Si mi sobrina se revela aquí, ninguno de ustedes, muchachos, debe dejar que la gente con la que está sepa lo que son. ¿Entienden?

—¿Qué quiere decir? —preguntó Parker.

William le dirigió una mirada dura. —Quiero decir que siempre he sabido que la familia MacSweeny es diferente. Ustedes lo saben. Manténganlo en secreto, muchachos. No tengo idea de cuáles son las opiniones de sus acompañantes sobre lo sobrenatural. Me gustaría pensar que solo se rodearía de personas de mente abierta, pero nunca pensé que recibiría noticias de que mi

pequeña princesa se escapó del internado y desapareció sin dejar rastro.

El pecho de Jonathan se apretó hasta el punto de que respirar parecía una posibilidad improbable. ¿Se escapó? ¿Desapareció sin dejar rastro? Le había preguntado a William sobre Molly a menudo y siempre le decía lo mismo. Está feliz. Está viviendo la vida que siempre quiso. Volverá a casa en algún momento. Nunca se mencionó que estuviera desaparecida. Jonathan habría dejado todo y la habría buscado. La habría arrastrado de vuelta a Prospect Springs y la habría hecho su esposa.

William debió haber percibido la confusión de Jonathan porque le dio una palmada en el hombro y asintió. —Hijo, te conozco desde que eras un bebé. Sabía que intentarías encontrarla. También sabía que mi sobrina necesitaba encontrarse a sí misma antes de entregarse a un hombre por el resto de su vida. Necesitaba tiempo para sanar. Para crecer. Para convertirse en una mujer, Jon.

¿Qué intentaba decirle William? ¿Sabía que Molly nunca lo aceptaría? ¿Pensaba que el hecho de que fuera un hombre lobo haría que Molly huyera de él? ¿O era algo más? ¿Podría ser que pensara que su sobrina estaba lista para formar una familia? ¿Lista para reconocer todo lo que Jonathan tenía para ofrecer?

William no le dio a Jonathan la oportunidad de expresar sus preocupaciones y continuó. —Ahora, he logrado averiguar algunas cosas sobre ella y sus conocidos. Sé lo suficiente para advertirles a todos que no revelen que son algo más que humanos. No estoy seguro de que ella pueda protegerlos a todos si se viera en la situación de tener que hacerlo. Dios sabe que la chica moriría intentándolo.

Eso hizo reír a Jonathan. —Disculpe, juez, ¿acaba de comentar sobre Molly protegiéndonos? Es solo una mujer, qué...

Un grupo de forajidos se abalanzó hacia adelante, cada uno sacando sus armas. Algunos tenían revólveres de doble acción. Otros tenían rifles, amartillados y listos. Uno sonrió perversamente mientras disparaba varias rondas al aire, captando la atención de todos. —No lastimaremos a ninguno de ustedes, buena gente, si solo nos indican la dirección de la señorita Molly Cogan o su prometido, Cole Griffin.

¿Su prometido? ¿Cole Griffin? ¿Está comprometida?

Jonathan se puso tenso. No podía haber oído bien. Sus manos ardían con la necesidad de cambiar de forma, desenvainar sus garras y matar algo. De ninguna manera su Molly se casaría con alguien que no fuera él.

¿Yo? He perdido completamente la cabeza. La mujer no me quiere. Si lo hiciera, habría vuelto hace mucho tiempo. Y yo no estoy listo para ese tipo de compromiso todavía.

Gerald Wilson giró sobre sus talones y miró furioso al grupo de forasteros. —*Yo* soy el prometido de Molly.

—Y un cuerno lo eres —gritó una voz masculina desde el otro lado de la multitud, robándole las palabras de la boca a Jonathan. Todos los ojos se dirigieron en esa dirección. Un hombre, al menos tan alto como Jonathan, estaba allí mirando furioso a los forasteros. Se ajustó su sombrero marrón de ala ancha y echó hacia atrás su larga chaqueta a juego, mostrando un arma y una placa emitidas por el Mariscal Especial.

—¿Quién demonios eres tú? —preguntó Gerald, robándole la pregunta a Jonathan nuevamente. Como sheriff de Prospect Springs, debería haber sido más rápido con los comentarios, pero el pensamiento de Molly Cogan lo tenía hecho un desastre mental. Ella siempre le había hecho eso.

El hombre sonrió, y Jonathan supo instantáneamente que el hombre era letal solo por la

forma en que se comportaba. Cuando guiñó un ojo y habló, Jonathan añadió "tocado de la cabeza" a eso también. —Soy Cole Griffin. El hombre que esos desgraciados están buscando.

¿Cole Griffin? ¿El prometido?

Los desgraciados en cuestión todos le apuntaron. Jonathan consideró hacerlo él mismo, pero se contuvo. El hombre no parecía notar o importarle que estuviera en el extremo equivocado de innumerables armas. En un instante, la mujer del vestido azul se apresuró hacia el hombre. —Cole, ¿qué está pasando...?

Se congeló cuando los hombres apuntaron sus armas hacia ella. —¡Es ella! ¡Es Molly! —gritó uno de ellos. La mujer se lamió el labio inferior y Parker dejó escapar otro gruñido gutural. Si la mujer hubiera sido realmente Molly, Jonathan habría golpeado a su propio pariente por un gruñido tan lleno de lujuria.

Realmente no importaba quién era la chica. Estaba en peligro y su sentido del honor no permitiría que le hicieran daño. Echando hacia atrás su propia chaqueta de cuero negro, Jonathan tocó su arma lateral. Más de trece pulgadas de perfección. Nunca salía de casa sin ella. El impulso de disparar al hombre que se identificaba como Cole Griffin todavía estaba ahí. Jonathan resistió. —Muy bien, señores. Parece que tenemos un pequeño problema aquí. Como sheriff, me gustaría tomar...

La mitad de los forasteros se volvieron y le apuntaron, sin parecer importarles que fuera la ley. De hecho, parecían bastante ansiosos por tener la oportunidad de eliminar a un agente de la ley.

Eli se rio. —Bien hecho, imbécil.

La chica del vestido azul se irguió. —No me llevarán con vida.

—¿Lynn? —preguntó Cole, con sus ojos marrones abriéndose de par en par—. No te atrevas a atraer sus disparos.

Lynn.

Jonathan grabó el nombre en su memoria. Los forasteros no parecieron notar el desliz del hombre. Mantuvieron sus armas apuntando a la chica. Ella los miró desafiante como si los retara a matarla. —¡Adelante! ¡Disparen! ¡Estoy harta de que me persigan! ¡Mátenme y reclamen la fama! ¡Háganlo!

Parker se lanzó hacia adelante, pasando rápidamente a cualquiera y a todos los que se interponían entre él y la mujer llamada Lynn. Interpuso su cuerpo frente al de ella de manera protectora y miró furioso a los hombres. —No le harán daño. Ahora está bajo mi protección.

Eli dejó escapar un silbido bajo. —Nunca vi venir eso. El huesos es un perseguidor de faldas nato. ¿Crees que podría tener La Fiebre o algo así? Siempre está curando a la gente con dolencias extrañas.

Bueno, si La Fiebre incluía un impulso incontrolable de proteger a una mujer, entonces su hermano ciertamente la había contraído. Solo podía esperar que el caso de Parker fuera curable. Jonathan sabía que su propio caso no lo era. Molly lo había infectado hace mucho tiempo y sabía que nunca la sacaría de sus venas. No es que no lo hubiera intentado. Sus hazañas con el sexo femenino eran legendarias, al igual que el hecho de que se negaba a comprometerse.

—¿Eres estúpido? —preguntó Lynn, dando un buen empujón a Parker. Con un metro setenta y tres, era alta para los estándares femeninos pero baja comparada con los chicos MacSweeny. Aun así, logró hacer que Parker se moviera un poco, sorprendiendo a Jonathan—. ¡Muévete! Te matarán a tiros para llegar a mí.

—Entonces que así sea.

Jonathan sacudió la cabeza. Parker iba a conseguir que lo mataran sin una intervención seria.

—Parker, saca a ella *y* tu trasero de ahí. Nosotros nos encargaremos de nuestros invitados. Incluso seremos lo suficientemente amables como para darles ese discurso de bienvenida que tenías preparado.

—¿Parker? —preguntó la chica. Miró a Jonathan y Eli y sus ojos se abrieron de par en par—. Eso significa que uno de ustedes es Jonathan.

Jonathan sintió la presión de un cañón frío y duro contra la parte posterior de su cabeza. Maldiciéndose a sí mismo por bajar la guardia, levantó las manos mientras su atacante empujaba con más fuerza con el arma.

—Miren, muchachos, tenemos un sheriff. Debe valer una buena cantidad de monedas, ¿no creen?

Hubo un destello negro. Un borrón. Varios disparos. Gritos. Jonathan captó un movimiento por el rabillo del ojo y se dio cuenta de que alguien había disparado al hombre que lo tenía a punta de pistola.

Capítulo Cuatro

MOLLY DISPARÓ DOS RONDAS MÁS, derribando a otros dos forajidos antes de lanzarse a toda velocidad hacia la multitud. Se impulsó alto en el aire, giró varias veces, disparando mientras lo hacía, y sonrió cuando sus pies tocaron el suelo. Varios forajidos más cayeron junto con ella, solo que ellos no aterrizaron de pie ni tenían pulso.

Estar muerto tiende a hacer eso a una persona.

Sonrió mientras se erguía junto a Lynnette. El hombre que la acompañaba parecía un gigantesco vaquero protector. De hecho, eso era exactamente lo que era. Cuando la miró, ella notó sus ojos plateados. Esos pertenecían a un solo hombre. —Hola, Parker MacSweeny.

El hombre, que era como un buey de un metro noventa y cinco, asintió. —Hola.

Lynnette arqueó una ceja, claramente divertida por el hombre y, si Molly no la conociera mejor, habría dicho que su amiga parecía interesada en él.

Parker hizo una doble toma, con los ojos muy abiertos mientras la miraba de arriba abajo. —¿Molly? —Miró detrás de él a Lynnette antes de volver a mirarla fijamente—. ¿Molly? Estás en... cuero y... y estás armada.

Sonriendo, Molly se agachó y agarró el arma estándar de Marshal Especial de su funda lateral. Se la entregó a Lynnette con la culata por delante. —La próxima vez que intentes suicidarte para alejarlos de mi rastro, asegúrate de que no esté lo suficientemente cerca para oírlo y detenerlo, o podría matarte yo misma.

Tenía poco sentido, pero era todo lo que Molly tenía en ese momento.

Lynnette desvió la mirada. —Yo... pensé que si venía en tu lugar me matarían, creerían que era tú y dejarían de perseguirte. No soy como tú. Nadie me echará de menos, Molly.

Parker se volvió hacia ella, con el rostro encendido de furia. —No volverás a hablar así, mujer. ¿Entendido?

La boca de Lynnette se abrió, su ceño se frunció y negó con la cabeza. No salió ningún sonido.

Molly sonrió. Confiaba en que Parker dejara sin palabras a su amiga. —Yo te echaría de menos, Lynn. Cole te echaría de menos y creo que... —Miró a Parker—. ...otros también, cariño. Aprecio el gesto, pero que te maten por mi causa no es lo que quiero. Te quiero a salvo y feliz. Ahora, vamos a patear algunos traseros de malos.

Los ojos de Parker se abrieron de par en par. —¿Molly?

Quitándose el sombrero, Molly dejó caer su larga trenza mientras le entregaba el sombrero a Parker. —Sostén esto y quédate muy quieto.

—¿Eh?

Ella negó con la cabeza mientras miraba a Lynnette. —Es un chico MacSweeny. No puede evitar estar en medio. Es algo en su composición genética. Necesitan jugar a ser héroes. Hay un montón de ellos. Dejé de intentar contarlos. Y antes de que preguntes, sí, todos se ven así de bien. Creo que es para tentar a las mujeres. Como el pecado andante. —Se lamió el labio inferior —. *Mmm,* y pueden tentar a un ángel. Solo debes saber que si te encuentras con uno, sin duda estará en medio pensando que está ayudando.

Parker resopló. —No estoy en medio. Yo soy...

—¿Qué propones que hagamos? —preguntó Lynnette, sonriendo mientras interrumpía a Parker a mitad de la frase.

Los forajidos eligieron ese momento para reanudar su ataque. Lynnette hizo caer a Parker y se dejó caer sobre su cuerpo mientras disparaba al enemigo. Molly se unió, disparando con una mano y agarrando su látigo con la otra. Lo lanzó, desarmando a dos hombres en el proceso. Algo se lo arrancó de la mano, pero no se detuvo a ver qué. Siguió adelante, haciendo todo lo posible para mantener a Parker y Lynnette a salvo.

Uno de los forajidos se agachó. Sus ojos se arremolinaron hasta tomar el color del vino de brandy y unos incisivos que rivalizaban con los de un lobo rabioso aparecieron en lugar de sus dientes normales. Ella conocía la raza. Había estado persiguiendo a este grupo de forajidos el tiempo suficiente para saber una o dos cosas sobre ellos. El hombre no llevaba un lobo dentro. Tenía el ADN de un coyote. Molly inclinó la cabeza y se rio. —Interesante. ¿Esperas asustarme o hacer que desee haber traído una correa?

Gruñendo, el hombre-coyote se lanzó sobre ella.

Oh, esto es casi demasiado fácil.

Giró en círculo, permitiendo que el impulso aumentara mientras lo hacía. La bestia mitad hombre mitad animal se abalanzó sobre ella. Ella giró y lo golpeó en la barbilla. Él se tambaleó hacia atrás y le gruñó.

—¡Morirás de una muerte horrible, perra!

Molly sonrió. —¿A manos de un hombre-coyote empapado? —Un resoplido se le escapó—. Estás tan borracho que corro peligro de tener resaca solo por estar cerca de ti.

Él gruñó de nuevo, aparentemente pensando que finalmente acabaría con ella. No podía estar más equivocado. Levantando las manos, Molly le hizo señas para que atacara. —Ven a por ello, si crees que eres lo suficientemente hombre.

Una energía familiar le cosquilleó la piel, acariciándola en lugares en los que no quería concentrarse en ese momento. La humedad se acumuló entre sus piernas mientras respiraba profundamente. Mirando alrededor, buscó la fuente del poder.

La fuerza invisible se deslizó sobre sus pechos, haciendo que sus pezones se endurecieran y su cuerpo hormigueara. Molly se tambaleó ligeramente y de repente sintió como si unas manos muy grandes y muy masculinas estuvieran recorriendo su cuerpo, ahuecándose en su sexo. Un pequeño gemido escapó de sus labios y el poder a su alrededor pareció adoptar un aire de suficiencia.

Sí, definitivamente masculino.

—¡Molly, cuidado! —gritó Cole un segundo demasiado tarde.

El hombre-coyote la embistió, sacándole el aire de los pulmones. Ella rodó con el impacto mientras las balas silbaban junto a su cabeza. Sabía que no era su gente la que les disparaba. Eran los otros forajidos. No les importaba matar a uno de los suyos siempre y cuando ella muriera en el proceso.

El hombre-coyote la inmovilizó contra el suelo y levantó el brazo. Las garras brillaron a la

luz del sol y Molly cerró los ojos, preparándose para la muerte. Algo golpeó al hombre-coyote por el costado, enviándolo al suelo. Sonaron más disparos.

Rodando hacia un lado, Molly se quedó paralizada mientras miraba la forma de un hombre grande tendido sobre el hombre-coyote. Su estómago se contrajo cuando vio las ondas de cabello negro azabache que se derramaban a su alrededor. Un cabello tan negro, tan sedoso, tan perfecto tenía que pertenecer a un miembro de la familia MacSweeny. De repente, supo de quién era el poder que había sentido recorrerla. Su estómago se contrajo.

—No.

Arrastrándose rápidamente, tocó el hombro del hombre. —Dios, no. No seas quien creo que eres. Por favor. —Lo giró para apartarlo del cambiante, sin prestar atención al coyote en sí. Cuando la mirada de Molly recorrió el rostro cuadrado y fuerte del hombre frente a ella, jadeó. En el momento en que un par de ojos dorados la miraron, se cubrió la boca y negó con la cabeza —. Jonathan.

Una sonrisa lenta y dolorida apareció en su rostro atractivamente rudo. —Hola, Molls. Pensé en venir a arruinar esos planes de boda que tu padre tiene para ti.

¿Planes de boda?

Miró fijamente al hombre que había sido su amor de infancia, su mejor amigo mientras crecía, su todo. La sangre brotaba libremente de varias heridas en el pecho y por un momento, Molly olvidó cómo respirar.

Él extendió la mano hacia ella. —Molls, no llores.

Yo no lloro.

Cuando él le tocó la mejilla, se dio cuenta de que, efectivamente, estaba llorando. Su mano era áspera, callosa, pero no le importaba. Girando un poco la cabeza, Molly plantó un pequeño beso en su palma antes de deslizar su mano sobre la de él y mantenerla contra sí.

—Jon, lo siento tanto. —Miró hacia arriba para descubrir que los otros forajidos habían huido.

Cobardes.

Su mirada se posó en otro hombre alto de pelo oscuro. También tenía escrito MacSweeny por todas partes. Cuando sus ojos de un color lavanda antinatural se dirigieron hacia ella, comenzó a temblar. —¡Eli, trae al Dr. Bakenston! ¡Le han disparado a Jonathan!

—No puedo, Molly. El doctor está muerto. Lleva muerto unos seis años. Pero no tienes que preocuparte por Jon. Él estará...

La rabia la invadió. Miró con furia a la cosa que había provocado que le dispararan a Jonathan. Cole tenía al coyote cambiante, que había vuelto a su forma humana, a punta de pistola. Las manos de Molly temblaban de furia. —¡Maldito bastardo! ¡*Mi* Jonathan está herido por tu culpa!

—¡Molly! —exclamó Eli, sin duda sorprendido por su lenguaje, o por su reclamo sobre Jonathan. A ella realmente no le importaba.

Mirando a Jonathan, respiró hondo. —¿Todavía llevas armas en los mismos lugares?

Él frunció el ceño mientras asentía. Pasando la mano por la longitud de su pierna cubierta por los vaqueros, Molly encontró un cuchillo de caza en su bota y lo sacó. Lo pasó por su palma, cortándola profunda y ampliamente. Jonathan jadeó. Ella lo ignoró mientras ponía su mano ensangrentada sobre una de las heridas de su pecho.

Cerrando los ojos, Molly se concentró en su poder. La magia con la que había nacido pero que le habían enseñado a avergonzarse. Enseñado a esconder. La magia que incluso había ocultado a Jonathan. Cole y Lynnette lo sabían. También su tío. Pero su padre había sido quien

insistió en que nunca la usara. Menos mal que no era una niña de papá. Su magia zumbaba a su alrededor, haciendo que los pelos de la nuca se le erizaran.

—Te ato a mí, Jonathan Thomas MacSweeny. Si intentas cruzar al otro lado, mi espíritu seguirá al tuyo. Como una vez fue escrito, así será —susurró, repitiendo las palabras que él le había dicho cuando ella tenía apenas dieciséis años. Las palabras habían forjado un vínculo unilateral, atando su espíritu al de él cuando ella estaba al borde de la muerte hace diez años, cuando Jonathan se había negado a dejarla morir. Había llegado tan lejos como para asustarla haciéndole creer que si se rendía a la muerte, él la seguiría. Funcionó. Con suerte, lo contrario también funcionaría. Si Jonathan decidía no luchar, Molly estaba más que dispuesta a respaldar su afirmación. Moriría con él. No importaba si pasaban cien años entre verlo, siempre amaría a Jonathan.

Ahora, mientras los hilos de magia, tierra, espíritu y lo desconocido comenzaban a tejer lo que una vez fue un vínculo unilateral en dos, Jonathan negó frenéticamente con la cabeza. —No, Molls. No. Si yo...

—Si mueres, terco idiota, me llevarás contigo. Usa la fuerza que te he dado para luchar o dime si planeas rendirte ahora. Quiero tiempo suficiente para matar al bastardo que te hizo esto, Jonathan. —Temiendo perder el valor, Molly hizo lo único que había querido hacer desde que conoció a Jonathan MacSweeny: lo besó.

Fue casto, pero lleno de más pasión que la mayoría de los besos que había tenido. Mientras se apartaba, Molly apartó el cabello de la cara bronceada de Jonathan. —Mis disculpas a tu esposa. Simplemente tenía que... bueno, simplemente tenía que hacerlo. No puedo ofrecer nada más. Volveré enseguida.

Se levantó rápidamente y encontró a Cole mirándola con los ojos muy abiertos. —Acabas de besar a ese tipo.

—No me caí sobre él y me lo follé hasta dejarlo sin aliento. Ni siquiera usé la lengua. —Molly resopló—. ¿Por qué te estoy explicando esto?

—Porque —dijo Cole con una sonrisa sexy—, soy tu *prometido* y me encanta el hecho de que no tengas problema en hablar de follarte a alguien hasta dejarlo sin aliento en público. Mmm.

Arqueando una ceja, Molly ignoró el comentario de Cole y se centró en el forajido frente a él. —Eres hombre muerto.

El hombre se rio. —No puedes tocarme. La ley dice que tienes que llevarme a una audiencia ahora, *Mariscal Mágica Molly*.

Ella se estremeció, odiando el nombre que le habían dado. Cuando el hombre miró a Jonathan, una enorme sonrisa se extendió por su rostro. —Él va a morir y voy a pasar el resto de mis noches sabiendo que maté al compañero de la gran cazadora.

—¿Su compañero? —preguntó Cole, dándole un buen empujón al tipo—. Estoy tentado a matarte por ella.

El hombre se burló y Molly puso los ojos en blanco. —Jonathan es muchas cosas, pero no es mi compañero. Y... —Levantó su arma, apuntando a su cabeza—. ...no vas a ver un juicio. Tu vida termina aquí y ahora.

Sus ojos se abrieron de par en par. También los de Cole. —N-No puedes dispararme a sangre fría. Te colgarán.

—Como si me importara una mierda que me cuelguen. Ya estoy tan buena como muerta, imbécil. Jon tiene el pecho lleno de balas y tengo toda la intención de seguirlo cuando se vaya. Para verte morir, me pondré la soga alrededor del cuello yo misma.

—Molly —dijo Lynnette, su voz baja, pacífica, el modelo de la serenidad—. Cálmate, cariño. El hombre tiene razón. Necesitamos llevarlo ante un juez. Se rindió a Cole, eso significa que tiene derecho a un juicio. Hacer cualquier otra cosa te haría no mejor que ellos y no quieres eso.

—¡Tío William! —Molly se puso de pie, sin apartar la mirada del hombre. Cuando sintió la presencia de su tío, habló—: Este hombre quiere presentarse ante el juez. Le disparó a Jonathan. Descargó todo un cargador en él. También es buscado en relación con decenas de otros asesinatos. He estado persiguiéndolo a él y a su banda durante meses. Al parecer, ellos también me han estado cazando. ¿Puedo dispararle ahora?

El hombre tragó saliva. —¿T-tu t-tío es el j-juez?

—¿Tartamudeas mucho, imbécil? —Asintió mientras una sonrisa perversa se dibujaba en su rostro.

El hombre palideció considerablemente. —Exijo un abogado.

Eli se aclaró la garganta. —Juez Wheeler, estaré encantado de representar a este hombre. Después de todo, le disparó a mi pariente. Estoy *seguro* de que puedo ser justo.

Molly se volvió hacia él. Una nube de polvo se levantó a su alrededor y tosió mientras apuntaba su arma al pecho de Eli. —Le disparó a Jonathan. No merece que lo representes. —Hizo una pausa, pensando en lo que eso significaba—. ¿Cuándo demonios te convertiste en abogado?

Él sonrió, dándole la famosa sonrisa MacSweeny de "sácame de cualquier apuro". —¿Cuándo te convertiste tú en una sexy pistolera malhablada, Marshal Especial?

Molly no le respondió. Él había dejado claro su punto. Ambos habían cambiado. Amartilló su arma. —Eli, no quiero hacerte daño, pero lo haré. La muerte de Jonathan no quedará impune. No arriesgaré que este criminal salga libre. No volverá a matar.

—No, no lo hará. —Eli sonrió, luciendo demasiado arrogante.

—Princesita, no dispares a Eli. Permítele hacer su trabajo —dijo su tío, calmándola un poco —. Quizás lo recuerdes como un mocoso que tiraba del pelo y tenía demasiado tiempo libre, pero ha madurado hasta convertirse en un buen abogado y un hombre de bien.

Ella se encogió de hombros. —Bien, no le dispararé a Eli, pero aun así mataré al forajido sin importar el veredicto.

—No puedes hacer eso —bramó el forajido, con evidente conmoción en su rostro.

Cole se rio por lo bajo, como si se estuviera divirtiendo demasiado molestando al forajido. —Obsérvala. Tiende a hacer lo que le da la gana.

En otras circunstancias, Molly habría dejado que Cole jugara con el hombre. Esto era diferente. Este era el hombre que había herido a Jonathan. En cuanto encontrara al que realmente disparó el arma, lo mataría sin alertar a los demás. Tampoco habría juicio para él.

Eli se rio. —Juez, mi cliente es culpable. Recomiendo la ejecución al amanecer.

Atónita, Molly simplemente miró fijamente a Eli mientras él le guiñaba un ojo. Su tío se rio. —Qué curioso, yo mismo me inclinaba por eso, hijo.

—Genial, vamos a comer. Me muero de hambre y sabes que tu esposa ha preparado un banquete ahí dentro por el regreso de Molly. —Eli se dio unas palmadas bastante dramáticas en el estómago mientras movía las cejas. Era adorable de una manera que solo un MacSweeny podía lograr.

—Estoy con él —dijo Parker—. Vamos a comer.

Molly observó cómo Parker se levantaba del suelo, se sacudía el polvo y caminaba tranquilamente hacia el lado de su hermano. —Apuesto a que eso dolió como el infierno, Jon.

¿Te arrepientes de tu decisión de cargar y salvar el día?

Jonathan gruñó. —Sí, dolió, pero la idea de que Molly resultara herida dolía muchísimo más, hermano. No cambiaría nada. —Levantó la mano—. Menos charla. Más ayuda.

Parker se rio por lo bajo. —Nah, creo que deberías quedarte ahí tirado. Molly podría besarte de nuevo si cree que vas a morir.

—Jon, te dispararon... estás... disparado, muchas veces —tragó saliva—, en el pecho, nada menos. Yo-yo lo vi... ¿Jon?

Sonriéndole, se levantó la camiseta negra. Ella observó cómo las balas parecían salir por sí solas de su cuerpo y caer al suelo con un diminuto sonido metálico. Un segundo después, las heridas se cerraron, dejando nada más que pura perfección en su lugar.

Es un cambiaformas.

El área alrededor de Molly pareció girar rápidamente. Parpadeó dos veces y supo entonces lo que estaba sucediendo: estaba a punto de desmayarse.

Yo no me desmayo.

Capítulo Cinco

MOLLY DESPERTÓ con el olor a tocino friéndose y galletas recién horneadas. Su estómago rugió, indicando lo hambrienta que estaba. El aroma a sándalo y pino se mezcló en el aire, confundiéndola. Se giró ligeramente, dándose cuenta de que estaba en una cama en lugar de sobre una manta bajo las estrellas. También llevaba puesta una camisa blanca de manga larga de hombre y su tanga negra. Sus pantalones de cuero, camisa y sujetador habían desaparecido. La tela transparente dejaba ver sus pezones.

El ligero material de algodón contrastaba fuertemente con su usual cuero, y a Molly le costaba admitir lo bien que se sentía contra su piel. Transpirable. Aireado. Perfecto. Tampoco quería reconocer lo fantástico que olía —a sándalo y pino—, un aroma que siempre le había recordado a Jonathan.

Respirando profundamente, suspiró, sin ganas reales de levantarse pero sabiendo que debía hacerlo. Sus músculos dolían, no tanto de dolor sino de lo que viene tras un sueño profundo. Eso no era algo a lo que estuviera acostumbrada.

—Cole, ¿dónde está mi ropa?

Sin respuesta.

Varios cojines azul pálido muy mullidos llamaron su atención. Mientras Molly tocaba uno, sacudió la cabeza. Eran idénticos a los cojines de sueños que había hecho con su tía cuando era más joven. Había tenido toda la intención de regalárselos a Jonathan por su cumpleaños, pero al final se había acobardado, haciendo que su tía jurara no decírselo.

Molly aún recordaba cuánto había deseado alejar las pesadillas de Jonathan. Por accidente había descubierto que Jonathan sufría de pesadillas. Un perezoso día de verano, se había quedado dormido bajo la sombra del arce junto al río. En cuestión de minutos, estaba gritando, tratando desesperadamente de aferrarse a alguien o algo. Verlo así, vulnerable, le había dejado una impresión duradera. Le había mencionado lo sucedido a su tío William, quien a su vez hizo que su tía la ayudara con los cojines de sueños.

Se decía que ayudaban a ahuyentar los malos sueños. Molly se burló, pensando en lo tonta y crédula que había sido a esa edad. En ese momento, había decidido que si un cojín se suponía que ayudaba, entonces cuatro seguramente eliminarían las pesadillas por completo.

—Qué tonta.

Sentándose, Molly miró alrededor de la habitación. La cama king-size de cuatro postes en la que estaba acostada se encontraba en el centro de la gran habitación de un suave tono amarillo. Cómodas de caoba flanqueaban las paredes cerca de la puerta del dormitorio. Nada en ellas revelaba quién era su dueño.

Esta no era la casa de su padre. Sí, tenía un aire de riqueza, pero tenía algo que a su hogar de la infancia le faltaba: corazón. La cama parecía haber sido tallada a mano. Aunque eso no era algo que faltara en su infancia, era algo individual de la pieza y quien la había tallado se preocupaba por ello.

Pasó la mano por el borde de la cama y se detuvo cuando vio un largo vestido de muselina blanca con diminutas flores bordadas a lo largo. Molly extendió la mano hacia él, pero dudó. Dondequiera que estuviera, pertenecía a alguien más. No importaba lo bonito que fuera, con su patrón de ramo en el corpiño. No era suyo.

¿Por qué quieres ponerte un vestido tonto de todos modos?

Molly conocía la respuesta a su propia pregunta: porque era hermoso. Las zapatillas blancas a juego con largos lazos de seda que yacían a los pies de la cama solo servían para hacerlo aún más atractivo. Aunque Molly se enorgullecía de su capacidad para moverse en un territorio dominado por hombres, aún le gustaban las cosas bonitas.

Mirando alrededor, estaba segura de que tampoco estaba en la casa de su tío. Molly se puso de pie y comenzó a buscar un panel personal de Puesto Fronterizo, cualquier cosa que le diera acceso a la base de datos general del ordenador del territorio. A menudo las casas tenían unos individuales vinculados a los ordenadores centrales. No encontró nada. Fue entonces cuando notó las lámparas de aceite sobre un juego de mesitas de noche que eran absolutamente hermosas.

—Genial, estoy en la casa que el tiempo olvidó.

Molly había estado en muchos otros territorios durante los últimos diez años. Cada uno era vastamente diferente, un mundo en sí mismo. Había aprendido en cursos de historia que no solía ser tan malo, hace mucho tiempo. Una vez, hubo países, naciones. Eso fue antes de que llegara La Gran Enfermedad y aniquilara a una gran parte de la población, dejando a los sobrevivientes devastados y escasos en número.

Grandes cambios ambientales habían ocurrido alrededor de la misma época. Maremotos arrasaron países, tornados borraron estados, y terremotos se tragaron enormes porciones de naciones, dejando islas o nada a su paso. No era una época en la que le hubiera gustado vivir. Eso fue hace setecientos años y algunos territorios aún sentían los efectos.

Algunos territorios se encontraron invadidos por sobrenaturales porque tenían una inmunidad natural a La Gran Enfermedad que había arrasado con la raza humana. Se decía que se había originado de una combinación de contaminación, tecnología y guerra bacteriológica. Molly no estaba segura. Nadie lo estaba. Los científicos continuaban estudiando la época, haciendo lo posible por descubrir qué, exactamente, había salido mal para evitar que volviera a suceder, pero aún no habían encontrado las respuestas.

Ciertos territorios se modelaron según lo que una vez habían conocido. El Territorio del Viejo Mundo, al otro lado del océano, había hecho todo lo posible por conservar la belleza de lo que una vez se llamó Europa. Los terremotos habían dejado lo que una vez se llamó Asia como una masa de islas independientes, cada una ahora su propio territorio.

El Territorio de la Nueva Frontera se mantenía firme en lo que solía llamarse Estados Unidos de América, México, parte de Sudamérica y Canadá. Era un poco más duro que algunos territorios. Su gente era ruda, independiente, negándose a ser etiquetada bajo la bandera del Territorio del Viejo Mundo tal como Molly había leído que la gente de la zona había hecho una vez, hace mucho tiempo. En su mayor parte, todos coexistían. Simplemente parecía que la gente de la Nueva Frontera era un poco más dura en los bordes.

Dura en los bordes.

Resopló. Eso la describía bastante bien.

La mayoría de las guerras que ocurrían ahora eran entre planetas, no territorios. El mayor problema que enfrentaban los territorios a nivel doméstico era vigilar a sus criminales. Cada uno tenía un conjunto diferente de malos y una forma igualmente diferente de manejarlos. Como Mariscal Especial, se le requería aprender las costumbres de cada territorio, respetarlas y defenderlas.

Molly resopló.

—Claro.

Al abrir de golpe la puerta del dormitorio, esperaba encontrar a Cole y Lynnette allí, riéndose de su desmayo. No encontró a ninguno de los dos. Mirando fijamente la espalda bronceada de sólido músculo, Molly dudó si moverse, dejando que el hombre supiera que ella estaba allí. Él era un metro noventa y cinco de pura perfección y estaba preparando el desayuno. Se le hizo la boca agua tanto por la comida como por el hombre.

Trazando visualmente la curva de su esculpido trasero cubierto de jeans, Molly gimió. Él se dio la vuelta. En el momento en que un par de ojos dorados se posaron en ella, se puso rígida.

—¿Jonathan?

Él dejó caer la espátula y puso su mano sobre la estufa mientras su mandíbula caía. Los ojos sobrenaturales de Jonathan se abrieron de par en par.

—Molls, estás... estás... desnuda.

¿Desnuda? Ella se miró. No estaba desnuda. Llevaba puesta la camisa de un hombre. *Ay Dios mío, llevo puesta la camisa de Jonathan y es transparente.*

Molly fue a cubrirse y se congeló cuando vio su mano aún sobre la estufa. Estaba chisporroteando. El humo se elevaba y el olor a carne quemada llenó la habitación.

—¡Jon, tu mano!

Sin pensarlo, Molly se abalanzó sobre él y le agarró la mano, acunando la piel abrasadora contra su pecho. La necesidad la invadió cuando su dedo rozó la curva de su pecho. Su poder se encendió, aprovechando la oportunidad de hacer fluir energía fría sobre su mano. Sus pezones se endurecieron al instante y Jonathan dejó escapar un pequeño jadeo.

—¿Molls?

—¿En qué estabas pensando? —preguntó ella, refiriéndose a que dejara su mano sobre una estufa caliente.

Jonathan se sacudió ligeramente, pero mantuvo su mano presionada contra el pecho de ella.

—¿Yo? Estaba pensando "Molls está desnuda, o casi desnuda, en mi cocina". Y luego pensé, desnuda. Y, bueno, desnuda. —Sus mejillas se encendieron de rojo—. Básicamente, tú desnuda era lo único en mi mente.

Inclinando la cabeza, Molly no pudo evitar sonreír al hombre.

—Jonathan MacSweeny, me has visto desnuda antes y me refiero a *desnuda* de verdad.

Una sombra oscura pasó por su rostro y ella supo que había dicho algo incorrecto. Recordarle la última vez que se vieron, antes de que la enviaran lejos a los dieciséis años, solo había abierto viejas heridas. Unas que ella esperaba que permanecieran cerradas. La última vez que estuvo cara a cara con Jonathan, él había llevado su forma temblorosa y desnuda desde el establo donde Gerald se había aprovechado de ella. Jonathan la había envuelto en una manta de caballo, la había levantado suavemente y había derramado lágrimas silenciosas mientras la sacaba de ese horrible lugar. La había entregado al tierno cuidado de su tía y su tío y eso había sido todo.

Sacudiendo la cabeza, Molly se obligó a apartar los recuerdos de su mente.

—Olvida lo que dije. Solo...

—¿Por qué te vas a casar con ese tipo?

—¿Eh? —preguntó ella, sin estar segura de qué hablaba Jonathan—. ¿De qué estás hablando?

—Ese tipo. ¿El marshal rubio? —Los ojos dorados de Jonathan se estrecharon, haciéndolo parecer tan mortífero como ella sabía que podía ser—. Los forajidos dijeron que era tu prometido. El hombre incluso lo confirmó.

La idea de estar comprometida con Cole hizo que Molly soltara una carcajada. Cuando Jonathan no se unió, trató de contenerse pero fracasó.

—Ni siquiera sé cómo responder a eso. Déjame ver tu mano, vestirme, y luego nos pondremos al día.

Él arqueó una ceja negra.

—¿No quieres ponerte más ropa antes de *verme*?

¿Había una nota sugestiva en su voz? Molly miró a su apuesto amigo y se encontró sonriendo de nuevo.

—¿Qué es lo que tienes, Jonathan MacSweeny? Cuando estoy cerca de ti, de repente me convierto en la Señorita Alegría. Siempre ha sido así y sospecho que siempre lo será.

Sin darle la oportunidad de responder, Molly se retorció un poco.

—Tienes razón, debería vestirme. ¿Dónde está mi ropa?

—Te dejé un vestido a los pies de la cama. ¿No lo viste?

Ella tragó saliva con dificultad.

—No, bueno, sí pero... yo... eh... —Asintiendo, se alejó de Jonathan y le dio la espalda—. Gracias, pero preferiría ponerme mi propia ropa. No es que haya nada malo con la ropa de tu esposa, pero me sentiría mejor vestida con mi ropa normal.

—Ropa normal —meditó Jonathan—. ¿Te refieres a ropa hecha para un hombre? ¿Para un trabajo que también es para un hombre?

Mirando hacia el techo, Molly resopló.

—Tú no, Jon. Pensé que serías diferente. Pensé que entenderías por qué elegí el camino que elegí. —Suspiró—. Aunque nunca pensé que lo harías.

—¿Hacer qué?

Casarte. —Nada.

Jonathan se acercó por detrás, presionó su cuerpo contra el de ella, haciendo que se acumulara crema entre sus muslos. Mientras su erección dura como una roca se clavaba en su espalda baja, Molly siseó como si fuera ella quien se hubiera quemado. No estaba bien desear al marido de otra mujer. Aun así, lo hacía.

—Jon, por favor.

Sus manos tocaron sus caderas y Molly gimió. Una risa varonil se le escapó.

—¿Por favor qué, Molls?

Jonathan deslizó sus manos bajo la camisa que ella llevaba, permitiendo que se hiciera el contacto piel con piel. El fuego la atravesó mientras sus largos dedos se abrían camino bajo su tanga. Su respiración era entrecortada. Al igual que la de ella.

—Jon. No podemos hacer esto.

—¿Por qué?

—Porque —dijo ella, tratando de dar un paso adelante, pero él la atrajo hacia sí. Tiró con fuerza y le arrancó la tanga del cuerpo. Ella jadeó—. No.

—¿No me deseas? —preguntó él, presionando sus labios contra su oreja mientras frotaba sus caderas contra su trasero desnudo—. Puedo oler tu deseo. —Deslizó sus manos más abajo—.

Estás mojada por ello.

Lo estaba, pero ese no era el punto.

—Jonathan, no podemos hacer esto.

—Solo estamos de pie aquí. Eso es todo.

Sí, claro.

Su coño ansiaba ser tocado por él, conocer la maravilla que un MacSweeny seguramente podría proporcionar. No podía recordar un momento en su vida en el que no hubiera deseado a Jonathan. Tenerlo tan cerca mientras estaba tan excitada era peligroso. Fuerza de voluntad y Jonathan no eran cosas que su mente registrara como sinónimos. No. Si él le dijera que quería follársela, ella lo recibiría con gusto, que se jodieran las consecuencias.

Le ahuecó la nalga y la apretó suavemente. Un gruñido escapó de su garganta.

—Molls, puedo oler cuánto me deseas dentro de ti. Quiero estar ahí —deslizó los dedos entre la hendidura de sus nalgas—. Y aquí —bajando más, encontró su hendidura húmeda y atrevidamente metió un dedo en su coño.

El cuerpo de Molly reaccionó, apretándose alrededor de su dedo mientras ella inhalaba bruscamente.

—¡Jonathan!

—Tan apretada —empujó su dedo más adentro—. ¿Por qué, Molls? ¿Por qué darle esto a otro hombre?

Ella no podía pensar, no podía concentrarse. El toque de Jonathan la volvía loca de deseo y se encontró meciéndose contra su mano, cabalgando el placer cuando debería haber estado corriendo en la dirección opuesta.

—Dime por qué aceptaste casarte con otro, Molls. Dímelo.

—Jon, por favor —murmuró, insegura de qué exactamente estaba suplicando. Lo único que Molly sabía era que su cuerpo anhelaba a Jonathan y lo quería dentro de ella, empalándola con su dura polla.

Jonathan la llevó cerca del orgasmo y retiró sus dedos un segundo antes de que ella llegara al clímax. Llevando sus dedos brillantes a sus labios, los lamió hasta limpiarlos, sin apartar sus ojos de ella ni una sola vez.

Capítulo Seis

MOLLY TRAGÓ el nudo que tenía en la garganta y fue a abrazarlo. Él negó con la cabeza y se negó a tocarla de nuevo. —No, Molly. No más placer hasta que me digas por qué aceptaste casarte con otro hombre.

No lo hice.

La verdad estaba en la punta de su lengua, pero se contuvo. —¿Qué te importa a ti? Eres un hombre casado. Supongo que podría preguntarte lo mismo. Podría exigir saber por qué te casaste con otra, pero entiendo que no es asunto mío. —Se estremeció—. Dios, Jonathan, lo que acaba de pasar no debería haber...

Su mirada se estrechó. —¿Quién te dijo que estaba casado?

—Los rumores.

Él volvió su atención a la comida que había estado preparando y llenó dos platos. La manera brusca en que le empujó uno de los platos hizo que Molly retrocediera. —Come.

—Estoy bien.

—He dicho que comas.

Ella soltó una risa, pero estaba lejos de estar divertida. —Y yo he dicho que estaba bien.

—Mujer, tienes suerte de que no se me ocurra ponerte sobre mis rodillas por casi conseguir que te maten. No me presiones con esto. Come.

Su mandíbula cayó. —Jonathan MacSweeny, ¿cómo te atreves a hablarme así?

—Te hablaré como me parezca conveniente. Ve a vestirte. El olor de tu coño está poniendo mi verga tan dura que apenas puedo soportarlo.

—¡Jonathan!

Él tomó su plato y lo golpeó sobre la mesa. Los huevos y el tocino se esparcieron mientras salía furioso por la puerta trasera. No siendo alguien que se queda parada y acepta que le griten con una sonrisa en la cara, Molly fue tras él. Salió corriendo detrás de él mientras se dirigía a un abrevadero.

—¡Maldita sea! —gritó Eli, llamando la atención sobre sí mismo mientras la miraba fijamente—. Estás desnuda.

—No estoy desnuda.

Jonathan señaló a su primo. —Aparta la mirada ahora, si quieres mantener tus ojos en tu cabeza.

—¡Jonathan!

Él la ignoró y ella se contuvo de derribarlo con su magia.

—¿Qué demonios quieres? —preguntó, con la mirada fija en Eli.

Eli la miró y se mordió el labio inferior. —Mmm, yo, umm, quiero... eh... lo olvidé.

—Molly. —Jonathan se volvió hacia ella, sus ojos dorados ardiendo—. Entra en la casa. Ahora.

Ella se mantuvo firme. —Ningún hombre me da órdenes. Ni siquiera tú.

La chispa de un desafío se encendió en sus ojos y ella supo que no estaba ni cerca de terminar de intentar dar órdenes. Sus fosas nasales se dilataron mientras señalaba la casa. —Tienes dos segundos para meter ese coño apretado de vuelta en esa casa antes de que te lo folle. ¡Ve ahora!

Los ojos de Eli se ensancharon. —¿Acaba de decir coño?

Molly miró con furia a Jonathan antes de agarrar su camisa blanca y ponérsela por la cabeza. Se la arrojó y dio una vuelta lenta. —La última vez que revisé, no llevaba tu marca de ganado, así que deja de tratarme como tratas al ganado.

Hubo un fuerte golpe y un gemido. Molly miró hacia el caballo de Eli. Le faltaba algo vital: Eli. Se levantó lentamente, con la mirada fija en ella mientras se sacudía el trasero. —Dulce Madre de Todo lo Sagrado, mujer, eres... eres... maldita sea.

Jonathan gruñó y se abalanzó sobre ella. La tenía sobre su hombro antes de que pudiera parpadear. Le dio una fuerte palmada en la nalga, dejando una punzante explosión de placer moviéndose por su región inferior. Lo hizo de nuevo, esta vez variando un poco el lugar.

—¡Jon! Ay.

En el momento en que presionó sus labios contra su nalga desnuda, Molly jadeó. Jonathan gruñó, el sonido tan parecido al de un cambiante que Molly no pudo evitar el escalofrío de miedo que la recorrió.

—No me tengas miedo, Molly. Nunca me tengas miedo. Puede que esté más enojado que un tejón en una trampa porque andes correteando en cueros, pero nunca te haría daño. —Deslizó su mano entre sus muslos e introdujo un dedo en su coño—. Te castigaré de otras maneras. Maneras que te harán suplicar que te deje correrte.

Ella le golpeó la espalda musculosa y al instante se arrepintió cuando más crema inundó su canal caliente. —¡Bájame!

—No.

—Jonathan.

Él la ignoró y se dirigió furioso hacia la casa. Molly gruñó y se movió lo suficiente como para hacer que Jonathan perdiera su agarre sobre ella. Se liberó de su agarre y se alejó corriendo de él. Él estaba sobre su rastro en segundos, rodeando su cintura con un brazo y tirando de ella contra su cuerpo. Molly empujó hacia atrás con toda su fuerza, derribando a Jonathan. Mientras caía, la llevó consigo.

Agua fría recibió a Molly y Jonathan la mantuvo agarrada. Sorprendida, tragó un bocado de agua. Le tomó un momento darse cuenta de que habían caído en el abrevadero. Sin poder evitarlo, Molly estalló en carcajadas mientras se giraba en sus brazos. Él estaba empapado, su cabello oscuro caía sobre su rostro mientras su cabeza salía del agua.

Molly se rió con más fuerza y él le dio otra palmada en el trasero.

—¿Te parece gracioso, eh?

—Sí. —Sonrió y se retorció sobre él, manteniendo el frente de su cuerpo casi desnudo presionado contra el suyo—. Muy gracioso, de hecho.

Su mirada se dirigió a sus labios y ella se inclinó, sintiendo la necesidad de besarlo.

Eli se acercó, haciendo lo posible por caminar sin mirar en su dirección. No le estaba funcionando muy bien. Sostenía la camisa blanca descartada en su mano. —Molly, sé que Jon

está siendo un tonto, pero ¿podrías pensar en vestirte? Me gustaría poder mirar hacia arriba en algún momento hoy y necesito hablar contigo.

Ella miró a Jonathan y bajó la cabeza rápidamente, robándole un beso aunque sabía que no debía hacerlo. Extendió la mano y permaneció quieta hasta que Eli colocó la camisa en su palma. Se levantó lentamente entonces, dejando que el agua escurriera por su cuerpo desnudo. Pura lujuria animal brillaba en los ojos de Jonathan mientras la miraba fijamente.

—Estás jugando un juego peligroso, mujer —advirtió.

Ella sostuvo la camisa contra su pecho, sabiendo que hacía poco para cubrirla. —Curioso, pensaría que el hombre que está mirando tanto ahora podría ser el que está jugando el juego peligroso, ya que está casado y todo.

—¿Quién está casado? —preguntó Eli, dándole ahora la espalda.

Con una pregunta en su frente, ella miró a Jonathan, esperando que hablara. Cuando él simplemente sonrió con picardía, la alegría la invadió. —¿El rumor estaba equivocado?

—Sí, señora —dijo él, con el agua brillando en su pecho desnudo—. El rumor estaba definitivamente equivocado.

—Si están planeando hacerlo, ¿podrían tal vez esperar hasta que me haya ido? —preguntó Eli, sosteniendo su sombrero con un agarre mortal frente a él—. Y probablemente debería hablar y ser la voz de la razón aquí. Aunque Jonathan puede ser soltero y no estar casado, Molly, tú estás prometida a otro. Ya está. —Asintió secamente—. He dicho lo que tenía que decir sobre el asunto.

Molly dejó escapar un lento suspiro y extendió su mano hacia Jonathan. —El desayuno se está enfriando.

Él lanzó una mirada cómplice a su primo y, antes de que ella se diera cuenta, Molly estaba tumbada sobre él, con sus manos amasando sus nalgas. Sus labios se encontraron con su cuello, haciendo que se le cortara la respiración. Él chupó suavemente, mordisqueando la tierna carne. —Mmm, mujer, te he echado terriblemente de menos.

Ella sonrió a pesar de sí misma, sus manos yendo a su mandíbula rasposa. —Estás todo mojado, MacSweeny.

El fuego se encendió en sus ojos. —Tú —Apretó sus nalgas de nuevo— también lo estás.

—Eli nos está mirando —le recordó ella.

Con un encogimiento de hombros, él respiró profundamente, sus párpados revoloteando. —Aún llevas mi aroma.

¿Aún?

Ella se puso rígida. —¿Jon?

Él la silenció con un beso suave. Cuando lo terminó, ella casi suplicó por más, pero se contuvo. Jonathan se puso de pie con facilidad, levantándola con él. Una verdadera muestra de lo poderoso que era el hombre. La mantuvo apretada contra él, usando su cuerpo para proteger el de ella lo mejor que pudo.

—Primo —dijo—. Danos solo un momento, ¿quieres?

—Esto realmente no puede esperar, Jonathan —dijo Eli, aún mirando en la otra dirección.

—¿Molly? —La voz de Cole retumbó a su alrededor—. ¿Dónde demonios está?

Jonathan la apretó hasta el punto en que pensó que podría estallar.

Cole se acercó furioso a Eli y se detuvo, su mirada pasando rápidamente a ella y Jonathan. Sus ojos se ensancharon. —¿Molly?

Sabiendo que Cole haría más preguntas de las que ella estaba dispuesta a responder en ese momento, extendió su mano, esperando minimizarlas. —Tu chaqueta, por favor.

Él se la quitó rápidamente y se la lanzó. Ella la atrapó con una mano y Jonathan la mantuvo cerca, continuando mirando fijamente a Cole. Se puso la chaqueta e intentó alejarse de Jonathan. Él tenía otros planes.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —le exigió a Cole.

Con una sonrisa astuta, Cole se tocó el sombrero. —Estoy aquí para recoger a mi prometida. Amablemente quita tus manos de cambiaformas de ella y nos iremos.

Eli reaccionó rápidamente, poniendo su cuerpo directamente en el camino de Cole justo a tiempo para evitar que Jonathan pudiera llegar a él mientras se lanzaba hacia adelante. Molly se apresuró hacia él y tiró de su gran antebrazo, jalando con todas sus fuerzas. —Jon, detente.

—Ah, el legendario Jonathan MacSweeny en carne y hueso —dijo Cole sarcásticamente—. He oído tanto sobre ti. Lástima que la realidad me decepcione.

—Cole —le reprendió ella—. Basta.

La mirada de Cole se estrechó sobre Eli. —¿Ya se lo dijiste?

—¿Decirme qué? —preguntó ella, aún tirando de Jonathan. Era como intentar mover un iceberg con su dedo meñique. Simplemente no iba a suceder.

Eli agachó la cabeza avergonzado. —No. Estaba a punto de hacerlo, pero bueno, sí.

—¿Decirme qué, gente?

Cole gruñó. —Ese fugitivo escapó. Su banda de forajidos lo ayudó y, Molly, la recompensa por tu cabeza se duplicó.

Jonathan gruñó y lanzó sus manos al aire. Las garras emergieron de las puntas de sus dedos. —Nadie la va a tocar. Ni ahora. Ni nunca más.

Su determinación y su feroz necesidad de protegerla calentaron su corazón. Ella deslizó sus brazos alrededor de su cintura y lo abrazó por detrás. —Jon, por favor. Estoy bien. Lo cazaré. No llegará lejos.

Girándose, él agarró sus hombros, teniendo mucho cuidado. —Mujer, ¿estás loca?

—Sí —respondió Cole por ella francamente—. Total y completamente. Eso es aparte del punto. Tenemos otro problema. Gerald Wilson está tratando de presentar cargos de fraude contra tu padre porque se dio cuenta de que Lynn no eras tú durante todo el alboroto. El hombre dijo que iba a pedir a la ley del condado vecino que te recuperara del Sheriff de aquí. —Cole tocó su arma—. Le pondré una bala en la frente a ese hombre si siquiera te mira. Que lo sepas ahora.

Jonathan escuchó la determinación en la voz del marshal y supo que el hombre hablaba en serio. Quería a Gerald muerto casi tanto como Jonathan. Una parte de él quería que le agradara Cole, aunque solo fuera por su deseo de librar al mundo de imbéciles, pero el hecho de que estuviera comprometido con Molly anulaba todo lo demás. —Gerald no me la va a quitar. Nadie lo hará —dijo, casi desafiando a Cole a contradecirlo.

—¿Eso crees? —preguntó Cole.

Molly tocó ligeramente el pecho de Jonathan, teniendo un efecto calmante instantáneo en él. —Jon, Cole, por favor no peleen. Ya tengo suficiente violencia en mi vida. No necesito que la gente que amo también lo haga.

¿Me ama?

Jonathan se tambaleó y luego se puso rígido, enderezándose. Los celos se encendieron al darse cuenta de que su comentario implicaba que también amaba a Cole. Ninguna compañera suya iba a estar con nadie más que con él.

¿Compañera?

Suspiró. Luchar contra la atracción era inútil. Su cuerpo sabía quién era ella para él. También su mente. Solo estaba siendo terco.

Corceles de acero se acercaron, tirando de un vagón de hierro, y su estómago se retorció. Eli lo miró, obviamente adivinando quién estaba en el vagón.

Tres prostitutas locales con las que Jonathan solía encontrar alivio dos veces al mes. Se tensó al darse cuenta de que Molly las vería. No importaba que ella estuviera comprometida con otro hombre. Él la quería a ella y solo a ella, y esto podría poner en peligro sus posibilidades de hacer que así fuera.

—Yo me encargaré de ellas —dijo su primo, parcialmente en voz baja.

—¿A quién hay que detener? —preguntó Molly.

Cole echó un vistazo al vagón, entrecerrando los ojos ligeramente. Una sonrisa calculada se deslizó por el rostro del hombre. —¿Soy yo, sheriff, o esas son las mujeres del burdel del pueblo? Podría jurar que son las mismas que vi anoche. Las mismas que intentaron convencerme de que realmente quería un polvo, una mamada y un afeitado.

La ira de Molly emanaba de ella en oleadas. Tanto que Jonathan tuvo que dar un paso atrás. Su bestia interior también temía por su seguridad. La mujer era sin duda una fiera. Esperaba que ella explotara y armara un escándalo. Cuando la expresión de rabia en su rostro dio paso al dolor, sintió un nudo en el pecho.

—Molls —dijo, extendiendo la mano hacia ella.

Ella se apartó bruscamente, yendo directamente a los brazos del marshal. Cole la abrazó, mientras fulminaba a Jonathan con la mirada. —No la mereces —le dijo sin emitir sonido.

—¡Yuju! —gritó una de las prostitutas desde el vagón—. Sheriff, ¿estás listo para pasarlo bien?

Molly se tocó la parte baja del estómago y palideció. —Voy a vomitar —dijo, alejándose apresuradamente.

Eli se dio la vuelta y golpeó a Jonathan en la cara con tanta fuerza y rapidez que lo tiró al suelo. Aturdido, se frotó la mandíbula mientras se ponía de pie. —¿Por qué demonios ha sido eso?

El pecho de Eli subía y bajaba. —Tiene razón. No la mereces.

—¿Cómo diablos iba a saber que Molly estaría aquí cuando ellas llegaran?

—Sabías que ella venía al pueblo —afirmó Cole—. Llegaste como un huracán sabiendo que no la dejarías casarse con Gerald. Tenías que saber que la traerías de vuelta aquí.

El hombre tenía razón.

Eso hizo que Jonathan lo despreciara aún más.

Cole gruñó y sacudió la cabeza. —Y pensar que Molly ha estado enamorada de alguien como tú todos estos años. —Se alejó en la dirección que había tomado Molly.

La mirada de asco de Eli le recordó a Jonathan que las prostitutas estaban cada vez más cerca.

—Deshate de ellas por mí. Por favor.

Su primo asintió brevemente y Jonathan fue en busca de su mujer.

Capítulo Siete

MOLLY AGACHÓ LA CABEZA, negándose a dejar que Cole la viera llorar. Él permaneció en silencio cerca de ella mientras se aferraba fuertemente a la chaqueta alrededor de su cuerpo.

—¿Quieres que le dispare? —ofreció Cole.

Ella rio entre lágrimas.

—No, pero ¿puedo reservarme el derecho de cambiar de opinión más tarde?

—Por supuesto —Cole le guiñó un ojo—. La oferta sigue en pie.

Se limpió las mejillas, todavía sorbiendo por la nariz.

—Quería saber por qué me estoy casando contigo.

—Supongo que eso significa que no le dijiste la verdad, ¿eh?

Fijando la mirada en el suelo, ella negó con la cabeza.

—Lo habría hecho, pero lo de la puta fue demasiado. Ya es bastante malo que pensara que estaba casado durante los últimos años. Volver a casa y descubrir que se dedica a andar con mujeres así es casi peor que verlo felizmente casado con alguien.

—No puedo decir que me haya causado una impresión muy positiva, Molly, pero he pasado suficiente tiempo contigo para saber que es a él a quien llamas en medio de la noche y es su aroma el que llevas.

Ella se quedó inmóvil. Jonathan había dicho algo similar.

—¿Qué quieres decir?

Cole arrastró los pies, enganchando los pulgares en las trabillas de sus vaqueros.

—Cuando te conocí, tenías algo extra en tu aroma. Algo que solo otro cambiaformas detectaría. Como tengo sangre de cambiaformas, fue perceptible para mí. Pensé que podría haber sido por la violación. No quería creer que cualquier hombre que pudiera hacerte eso fuera tu pareja, pero estabas tan convencida de que Jonathan no era un cambiaformas que no pude evitar asumir que era Gerald.

Ella se estremeció ante la idea de llevar alguna vez el aroma de Gerald.

—Pero al conocer a Jonathan en persona, puedo decir con toda seguridad que es su aroma el que llevas. Ya empezó el proceso de reclamación contigo, Molly. Un macho cambiaformas no hace eso con cualquiera y, joder, seguro que no lo hace si no quiere estar con esa mujer de por vida.

Molly intentó asimilar lo que su amigo de tanto tiempo le estaba diciendo.

—No. Jon debe haberlo hecho accidentalmente cuando me salvó la vida. Él no quiere pasar su vida conmigo.

—Claro, así que me sigue mirando como si quisiera arrancarme la cabeza limpiamente

porque está aburrido. Lo entiendo. No podría tener nada que ver con el hecho de que soy el hombre con el que has estado durante casi ocho años.

La forma en que lo dijo hizo que sonara como si fueran pareja. Ella exhaló lenta y prolongadamente.

—Necesito ir al pueblo y arreglar este lío con mi padre y Lynnette.

—Lynn se está quedando en casa de Parker. No estoy muy contento con eso, pero es lo que hay. Ese doctor no parece querer dejarla fuera de su vista. Por ahora, está sana y salva. Y tu padre se merece lo que le pase.

—Cole.

—Molly —la imitó—. El tipo está tratando de casarte con un hombre que te violó.

—Está dentro de sus derechos —dijo ella, odiando la verdad de la ley.

Cole levantó una ceja.

—No. No lo está. Verás, cuando el buen Sheriff comenzó el ritual de reclamación contigo, tomó el lugar de tomador de decisiones en tu vida, Molly. Al menos según la ley de la manada. Tú y yo sabemos que la ley de la manada prevalece sobre la ley humana en casos de apareamiento y jerarquía de la manada.

Ella pensó en lo que le estaba diciendo.

—¿Espera? ¿Jonathan decide ahora con quién puedo y no puedo casarme?

—No —dijo Cole con una sonrisa—. Jonathan es, a falta de una palabra mejor, tu prometido de por vida, independientemente de si lo quieres o no. Estás prometida a él a los ojos de la manada. Y, Molly, ayer cuando compartiste tu poder con él, reconociste su reclamo sobre ti.

—¿Significando?

—Eres suya y creo que lo sabes —Cole se acercó a ella, atrayéndola contra su cuerpo. Le besó la sien—. Si no estás lista para él y todo lo que traerá a tu vida, di la palabra y te sacaré de aquí. Él puede seguir pensando que quieres estar conmigo y tú puedes seguir escondiéndote del mundo.

—No me estoy escondiendo —espetó ella, sabiendo ya que era una mentira.

—Claro —Cole le acunó el rostro—. ¿A cuántos hombres has dejado tocarte así en tu vida, Molly?

Ella abrió la boca para hablar.

—Desde que Gerald te hizo lo que te hizo, ¿a cuántos hombres has dejado acercarse tanto a ti?

Ella tembló.

—A ti y a Jonathan.

Él bajó las manos, dirigiéndose a sus senos. Ella se lo permitió.

—¿Y esto? ¿A cuántos has dejado hacer esto? ¿Solo a nosotros?

Ella asintió.

Cuando Cole hizo un movimiento para deslizar su mano entre la chaqueta y sus piernas, ella le agarró la muñeca. Él le besó la frente.

—¿Y a cuántos hombres has dejado tocarte aquí?

Tensándose, exhaló lentamente.

—S-Solo a ti y a Jonathan.

Cole pareció sorprendido por la noticia de que ella había permitido tantas libertades a Jonathan.

—Sucedió esta mañana.

—¿Estás bien? —La preocupación impregnaba sus palabras—. ¿Física y mentalmente?

—Sí, Jonathan nunca me haría daño.

—Molly, aparte de mí, el último hombre que te tocó íntimamente lo hizo sin tu permiso. Creo que es seguro que pregunte si estás mentalmente bien con que Jonathan lo haga.

Ella se liberó del abrazo de Cole.

—¡El toque de Jonathan no es nada parecido al de ese monstruo. ¡Nada en absoluto!

—Nunca dije que lo fuera —añadió Cole—. Pero es bueno escucharlo de ti. De lo contrario, seguro que le habría disparado al imbécil. Aún podría hacerlo. Aunque, que piense que tú y yo somos pareja podría ser castigo suficiente.

Ella le rodeó la cintura con los brazos, apoyando la mejilla en su pecho. Aunque en el pasado habían sido íntimos, más o menos había sido para usarse mutuamente para el sexo. El amor que sentía por él provenía de su amistad. En algún momento, Cole se había convertido en familia para ella. Al igual que Lynnette.

Cole levantó su largo cabello empapado y lo retorció, exprimiendo algo del agua.

—Molly, dime que realmente estabas lista para volver aquí y enfrentarte a tu padre, a Gerald y, lo más importante, a Jonathan.

Casi dijo que sí sin pensarlo, pero se detuvo. —He pasado mucho tiempo convirtiéndome en alguien que puede defenderse a sí misma. Estoy lista para enfrentarme a mi padre y a ese monstruo de Gerald.

—¿Y a Jonathan?

—Pensé que lo estaba, de verdad. —Se le hizo un nudo en la garganta—. Cuando estaba allí tumbado sobre ese coyote-hombre, lo único que podía pensar era que si él moría, yo también quería morir. Mírame con él. Estoy tan verde de celos que casi perdí lo poco que me quedaba en el estómago ante la idea de que se acostara con prostitutas.

—He estado ahí —confesó Cole—. Tú sabes que sí. Cuando me conociste, era un desastre. Tú ayudaste a cambiar eso. Hablando desde la experiencia, a veces un hombre tiene que ser un hombre sin importar nada y es más fácil hacer lo que se tiene que hacer con alguien con quien no tienes ningún apego que acostarte con alguien que puede retorcerte el corazón por completo.

¿Estaba defendiendo las acciones de Jonathan? Cole nunca había sido un santo. De hecho, tenía debilidad por las mujeres fáciles, el licor y el juego cuando se cruzó en su camino por primera vez. Bajo toda esa bravuconería se escondía un buen hombre. Un hombre con un pasado del que no le gustaba mucho hablar, pero con un futuro que se veía mejor con cada día que pasaba. Su juicio era uno en el que confiaba plenamente.

Le levantó la barbilla, obligándola a encontrarse con su mirada. —Molly, no se fue y se casó mientras tú estabas fuera. Eso dice mucho. Si tengo razón, y creo que la tengo, te esperó lo mejor que pudo. Sigue siendo un hombre, más que un hombre, en realidad. Tiene necesidades. Tú no las estabas satisfaciendo. —Detuvo su protesta con un dedo bien colocado sobre sus labios—. No estabas lista para ser eso para él. Necesitabas tiempo para sanar en más de un sentido. Todo lo que sé es que él significa algo para ti. Algo muy importante. Fue difícil para mí aceptarlo y, francamente, no veo qué es lo que te atrae de ese hombre, pero tengo que pensar que la naturaleza también tuvo algo que ver.

No pudo evitar sonreír. Una pequeña ráfaga de viento se coló por la parte trasera de la chaqueta, rozando su trasero expuesto. Gimió, avergonzada. —Ay, Dios mío, me paré desnuda frente a él y su primo sin preocuparme en lo más mínimo.

—Si sientes la necesidad de hacerlo ahora, que sepas que no pondré ninguna objeción.

Riendo, abrazó a Cole y le plantó un beso en la mejilla.

Capítulo Ocho

JONATHAN OBSERVABA DESDE LOS LATERALES, apretando los puños mientras Molly besaba al alguacil. Le costaba mantener a su bestia bajo control, pero lo hizo. Por Molly.

Había escuchado su conversación con Cole. Se enteró de que, aunque claramente habían sido pareja en algún momento de su pasado juntos, ya no lo eran. Dejó escapar un suspiro que no sabía que estaba conteniendo. Una parte de él estaba más que furiosa porque ella se hubiera entregado a cualquier hombre que no fuera él. El resto de él entendía que ella realmente necesitaba tiempo para sanar. Ahora había vuelto y ya era hora de que se convirtiera en una MacSweeny.

Se frotó la mandíbula con la mano, deseando ir hacia ella y darle el consuelo que necesitaba. Cole miró por encima de la cabeza de Molly, su mirada encontrándose con la de Jonathan. Le dio un leve asentimiento, besó la cabeza de Molly y luego se alejó, dándole una suave palmadita en el trasero.

—Iré a hablar con Eli sobre el fugitivo y el precio por tu cabeza. Tómate un tiempo para pensar.

Caminó hacia Jonathan. Eso era valiente, considerando cuánto quería Jonathan golpear al hombre. Cole se inclinó, aparentemente sin miedo.

—Ve con ella. Hazle entender lo importante que es para ti. Y si no completas el acto antes del anochecer, me aseguraré de que sea mi esposa.

Jonathan gruñó, su mano encontrando la garganta de Cole.

Cole simplemente sonrió. El hombre estaba loco.

—No voy a dejar que ese bastardo de Gerald la tenga. O te comportas como un hombre y terminas lo que empezaste o te quitas de en medio y dejas que alguien más lo haga —apartó la mano de Jonathan y silbó mientras caminaba en la otra dirección.

El maldito imbécil tenía razón y Jonathan lo sabía bien. Salió de detrás de la hilera de arbustos y se dirigió hacia Molly. Cada paso le hacía perder una lucha interna con la bestia dentro de él. El sudor le corría por las sienes y su corazón latía acelerado. Intentó girar y alejarse. No funcionó. Esto no era lo que quería. Quería ir hacia ella y consolarla. No reclamarla directamente, como la bestia tenía la plena intención de hacer.

Molly se volvió y lo enfrentó, sus ojos enrojecidos. La visión de ella alterada le golpeó en el estómago y su bestia reaccionó ferozmente. Quería matar algo para liberar la agresión de ver a su compañera disgustada. También lo quería el hombre.

Fuera lo que fuese lo que Molly vio cuando lo miró, la hizo correr hacia él. Tomó sus manos entre las suyas y las llevó a su tierna mejilla.

—No pelees con Cole. Por favor.

Sin poder evitarlo, Jonathan extendió la mano y la agarró por la nuca. La atrajo hacia él con una mano y con la otra abrió de golpe la parte delantera de su chaqueta. Su respiración estaba descontrolada. Su aroma casi le exigía que continuara. Con voz áspera, logró hablar:

—Si no estás dispuesta a aceptarme, llama a tu Cole ahora, Molls. Tendrá que derribarme porque no creo que pueda detenerme.

El fuego se encendió en sus ojos. Se puso de puntillas, sus labios encontrándose con los de él. El beso fue explosivo. Él devoró su boca, saboreando su gusto. Ella era todo lo bueno del mundo envuelto en uno. Lo decente habría sido levantarla y llevarla a una cama apropiada. Lástima que Jonathan no se sentía muy decente.

Aparentemente, Molly tampoco.

Su mano se dirigió a la parte superior de sus vaqueros. Los desabrochó, exponiendo su miembro. Tomándolo en su mano lo mejor que pudo, comenzó a acariciarlo.

Jonathan tiró de su pelo, forzando su cabeza hacia atrás, intensificando su beso. Usó su otra mano para deslizarse por su pecho y palpar sus senos, tomándose su tiempo con cada uno. Su miembro palpitaba. Cuando pellizcó su erecto pezón, Molly gimió de una manera que casi hizo que Jonathan se corriera donde estaba.

Ella bombeó su miembro y él deslizó su mano más abajo, dirigiéndose a su sexo. Dioses, la mujer era estrecha. Su interior envolvió sus dedos y su crema los cubrió. Usando su pulgar, frotó su hinchado clítoris. Si había algo que Jonathan sabía, era cómo complacer a una mujer, y su Molly estaría bien y completamente complacida cuando terminara con ella.

Nunca terminarás con ella, MacSweeny.

Era cierto. No lo haría.

—Hazme llegar, Jon —gimió ella, sus labios aún presionados contra los de él—. Por favor.

—Con gusto, cariño —frotó más su clítoris, encontrando el ritmo perfecto que ella necesitaba. Su interior se contrajo alrededor de sus dedos mientras ella se hundía contra él, un grito escapando de ella en el proceso. Él sabía que estaba llegando.

El orgullo creció en él por satisfacerla, pero no había terminado. Ni de lejos. Quería mucho más. La quería toda a ella. Pellizcó más su clítoris y su interior continuó cerrándose alrededor de sus dedos mientras prolongaba su orgasmo.

Jadeando, ella dejó caer su cabeza contra su hombro.

—Jon, por favor.

Él retiró sus dedos de ella y usó su crema para cubrir su miembro. Lo lubricó completamente y luego la agarró por la cintura, levantándola. Molly envolvió sus piernas alrededor de su cintura.

—Buena chica —la animó—. Ahora —alcanzó entre ellos y tomó su eje, guiándolo hacia su entrada empapada—. Tómame poco a poco, cariño, o podría terminar lastimándote. No quiero eso, Molls. Quiero que esto sea...

Ella se empaló sobre él, clavándose en su miembro. Gritó y él se bebió su grito con un beso, sosteniéndola contra él mientras ella arañaba sus brazos y espalda. Le tomó un momento, pero cuando pudo, comenzó a moverse sobre él, lenta al principio. Jonathan la dejó mantener el ritmo para empezar. Cuando estuvo seguro de que no la había lastimado, tomó sus caderas y controló sus movimientos, levantándola y bajándola sobre su largo y grueso miembro.

Se sentía divina. Como un guante de terciopelo hecho solo para él.

Sus testículos se tensaron y Jonathan trató de contener su inminente orgasmo, queriendo prolongar el placer, pero Molly se sentía demasiado bien. Su interior lo aferraba, atrayéndolo de vuelta mientras se contraía sobre él. Ella llegó de nuevo y él perdió el control entonces,

embistiéndola, llegando hasta el fondo. Explotó, haciendo algo que nunca en su vida había hecho antes: derramar su semilla dentro de una mujer.

Sostuvo sus caderas, manteniéndola en su lugar mientras su miembro continuaba palpitando y la semilla brotaba de él. Inclinando su boca sobre la de ella, Jonathan tembló. Nunca nada se había sentido tan asombroso como esto, como estar dentro de Molly.

Ella le devolvió el beso y más, sonriendo contra su boca. Puso la punta de su nariz contra la de él.

—Te extrañé, Jonathan MacSweeny.

Él sonrió, aún profundamente enterrado en ella.

—Yo también te extrañé, Molly MacSweeny.

Hizo una pausa y él supo que lo que había ocurrido entre ellos estaba calando en ella. Su mandíbula cayó y sus ojos se abrieron de par en par. —Ay dioses, esto significa que estamos...

—Completamente emparejados —terminó Jonathan con una amplia sonrisa—. Sí. Ahora eres mía total y completamente, Molls.

El desafío brilló en sus ojos. —No pertenezco a ningún hombre —intentó retorcerse y bajarse.

Jonathan la mantuvo en su lugar, su miembro palpitando, deseando más. —Corrección. Me perteneces a mí, mujer, y harías bien en no olvidarlo. Verás, me encuentro apreciando la ley cada vez más cuando se aplica a mi favor.

Para su sorpresa, Molly no solo logró empujarlo, sino que también le propinó un golpe bastante fuerte en la mandíbula en el proceso. Ella pisoteó, pareciendo casi infantil. —¡Tú... tú... grrhh!

Él se frotó la mandíbula y la miró de arriba abajo. Era todo un espectáculo. La mujer más hermosa que jamás había visto. Incluso enfurecida era preciosa. Sonrió. —La palabra que buscas es esposo, querida.

La indignación brilló en su rostro. Hizo otro movimiento para golpearlo, pero esta vez él estaba preparado y atrapó su mano con suavidad. Plantó una serie de besos en sus nudillos, enojándola aún más.

Él se rio, tocando su barbilla. —Si mantienes la boca abierta así, voy a meter mi polla directamente en ella.

Ella cerró la boca de golpe, haciéndolo reír profundamente desde el estómago. Al poco tiempo, los labios de Molly temblaron y ella también comenzó a reír. Era una visión que nunca olvidaría. Lo hizo sentir todo extraño por dentro. Como papilla. Era vergonzoso, por decir lo menos.

Molly tocó su mandíbula donde le había dado un buen golpe. —Lo siento.

—No, no lo sientes, pero gracias por hacer el esfuerzo de decirlo —dijo él.

Ella rio más. —Tienes razón. No lo siento.

Él la atrajo contra sí, su miembro presionando contra su estómago desnudo. —Molls, dime que estás bien con esto, con lo que pasó y con nosotros.

Ella presionó sus labios contra los de él y lo besó tan a fondo que realmente se mareó. Maldición, la mujer iba a ser su muerte. Estaba seguro de ello.

—¡Jonathan, se acercan problemas! —gritó Eli, terminando instantáneamente con el ambiente jovial.

Él agarró el brazo de Molly. —Entiendo que no te guste responder ante un hombre, pero, Molly, ahora eres mi esposa. Dame la tranquilidad de saber que estarás aquí por la mañana y no muerta en un ataúd de pino.

Pensó que ella discutiría. Cuando bajó los párpados y asintió, sintió como si acabara de ganar una gran victoria.

Capítulo Nueve

MOLLY RESOPLÓ mientras se ponía los zapatos tipo zapatilla que hacían juego con el vestido blanco que ahora llevaba puesto. Jonathan se había negado a decirle dónde estaba su ropa y Cole había sido igual de obstinado al negarse a recuperar sus alforjas.

Miró por la ventana, preguntándose cuál era el problema que él había mencionado. Cuando divisó a un grupo de hombres a caballo, se inclinó. Gerald estaba allí, desmontando, con la mirada dura.

Su estómago se retorció en un nudo.

Eli no se veía por ninguna parte.

Controlando su respiración, Molly se agachó, escuchando con más atención. Debería haber disparado al canalla en cuanto lo vio, pero no lo hizo. Claro, era una alguacil entrenada, una mujer conocida por perseguir a los peores de los peores, pero no parecía encontrar ese valor con Gerald tan cerca.

—He venido a recoger a mi futura esposa —dijo Gerald—. Mi abogado —señaló a uno de los hombres que lo acompañaban— tiene todos los documentos, firmados y notariados. Sheriff, verá que su padre aceptó todos los términos que establecí —Se echó los hombros hacia atrás y sacó su reloj del bolsillo del pecho.

Molly aún podía recordar haberlo escuchado cerca de su cabeza cuando la había forzado años atrás. Se había caído de su bolsillo entonces, haciendo tictac sin parar en su oído, recordándole el tiempo que pasó con él.

Cole tomó los papeles de un tipo flaco con gafas. Los leyó y procedió a reírse.

—Todo esto está muy bien, pero su padre no tiene autoridad para firmar por ella.

—Por supuesto que la tiene —respondió el hombre—. La ley establece...

Cole se inclinó, alzándose sobre el hombre.

—La ley establece que la ley de manada con respecto al apareamiento prevalece sobre cualquier ley escrita por humanos.

El hombre retrocedió, pareciendo confundido.

—Señor Wilson —dijo el hombre, empujando sus pequeñas gafas de montura de alambre por el puente de la nariz—. Nunca mencionó que nos enfrentaríamos a problemas de leyes de manada con esto.

—No es así —dijo Gerald con dureza—. No hay ningún cambiante involucrado en esto y sería bueno que Molly saliera aquí y se enfrentara a su futuro —Murmuró algo entre dientes sobre que ella probablemente parecería un hombre ahora, con piel curtida y todo.

Molly sabía que tanto Jonathan como Cole estaban aguantando por un hilo. Lo último que

quería era que fueran juzgados por asesinato. Se pasó los dedos por el largo cabello, liberándolo de los enredos. Se enderezó, ajustó su escote justo así y respiró hondo, preparándose para enfrentar sus demonios de frente.

A Jonathan le picaban las manos con la necesidad de arrancarle la cabeza a Gerald de los hombros. Por la agitación que mostraba Cole, tenía la misma idea.

—Molly no irá a ninguna parte —gruñó Jonathan entre dientes apretados.

—Sheriff, esto es absurdo —respondió Gerald, con un aire de superioridad en su voz—. ¿Quién es supuestamente este compañero cambiante suyo? —Señaló a Cole—. ¿Él? Haga que lo demuestre. Haga que se transforme aquí y ahora.

Cole levantó la mano y lanzó una mirada feroz antes de que las garras emergieran de sus dedos. Las retrajo rápidamente.

—¿Quieres algo más, imbécil?

Jonathan conocía las consecuencias de que el territorio supiera quién y qué era realmente. No le importaba. Todo lo que importaba era Molly.

—El hecho de que sea un cambiante no significa nada aquí.

Una sonrisa de cocodrilo se extendió por el rostro de Gerald, como si pensara que Jonathan estaba ayudando a defender su caso.

—Sheriff, no tiene idea de lo feliz que estoy de que vea razón en esto.

Dejando salir a la bestia un poco, el rostro de Jonathan cambió. Su nariz se ensanchó y sus dientes se volvieron dentados. Gruñó y levantó las manos, permitiendo que sus garras se mostraran mientras el pelo cubría sus antebrazos. Sabía que sus ojos se habían intensificado, pasando de dorados a un dorado aún más brillante, uno que se mezclaba con el ámbar.

Todos los hombres del grupo de Gerald retrocedieron rápidamente, incluyendo a Gerald.

Los rasgos de Jonathan volvieron a la normalidad para poder hablar sin problemas.

—Molly es mi esposa —dijo con grave deliberación. No quería que se perdiera ni se olvidara una sola palabra. No pasaría su vida preocupado por que Gerald malinterpretara las señales—. Y nadie va a venir aquí a cuestionarlo. ¿Entendido?

Los ojos de Gerald se abrieron de par en par.

—¿Eres un...? ¿Eres un animal?

—Mi esposo no es un animal.

Atónito, Jonathan miró por encima de su hombro para encontrar a Molly allí. Parecía una diosa, su largo cabello cayendo libre hasta su cintura, las curvas de sus pechos cremosos a la vista y su estrecha cintura acentuada en el vestido blanco que él había mandado hacer para ella años atrás. Incluso llevaba los zapatos que había hecho hacer para ella. Había pensado en ella a menudo después de que se fuera. Cada vez que iba a la ciudad principal a unas sesenta millas al sur, conseguía algo especial para cuando ella volviera a él. Y había vuelto. Estaba impresionante. Incluso Cole hizo un doble vistazo.

Molly se deslizó junto a Jonathan, enlazando su brazo parcialmente con el suyo, pero dándole suficiente espacio por si necesitaba atacar a los hombres. Su mujer había salido al mundo y se había encontrado a sí misma. Además de eso, parecía haber aprendido una cosa o dos sobre las reglas del compromiso y lo que podría ser necesario hacer. Era condenadamente difícil no admirar esa cualidad en ella.

Jonathan notó que varios de los hombres con Gerald miraban boquiabiertos a Molly, fijándose en sus pechos. Gruñó en advertencia y rápidamente desviaron la mirada. Todos menos Gerald, que es. La miraba como si recordara lo que era tocarlos.

Incapaz de soportarlo, Jonathan hizo un movimiento para atacar al bastardo. Cole fue quien

lo detuvo. Agarró a Jonathan y lo empujó hacia atrás.

—No lo mates. Al menos no todavía.

Molly se quedó cara a cara con el hombre que la había aterrorizado.

Jonathan estaba a punto de volver corriendo a su lado cuando ella hizo lo impensable. Empezó a reírse directamente en la cara de Gerald.

—Mírate —dijo ella—. Eres más pequeño de lo que recordaba. Mucho más pequeño. Y mayor. Mucho mayor. Los años no han sido amables contigo. Para nada.

La ira se encendió en la mirada de Gerald.

—¿Es esa forma de hablarle a tu futuro esposo?

—Señor —chilló el tipo de las gafas, sonando más como un pájaro que otra cosa—. Él tiene la ley de su lado.

—Solo si ambas partes del acuerdo son sobrenaturales —dijo Gerald, sorprendiendo a Jonathan por conocer la ley en absoluto—. Molly no lo es.

Molly apretó los puños. Lo siguiente que supo Jonathan fue que el reloj de bolsillo de Gerald fue arrancado de su mano por una fuerza invisible. Molly miró fijamente a Gerald mientras el reloj flotaba en el aire.

—Estás muy seguro de ti mismo.

Todos los hombres presentes miraron el reloj con asombro estupefacto.

—Tal vez deberías aprender un poco más sobre una mujer antes de intentar comprarla a su padre —Con eso, el reloj fue propulsado contra un árbol a unos veinte metros de distancia. Se rompió en pedazos y se dispersó por el suelo.

Jonathan se quedó sin palabras.

Cole no lo estaba. —Ahora que hemos aclarado ese asunto y que ambos son obviamente sobrenaturales, realmente deberían marcharse. Hay una multitud alborotada por ahí. Odiaría ver que les pasara algo malo a cualquiera de ustedes —. La forma en que lo dijo no dejó lugar a dudas. Los estaba amenazando.

—¿E-Eres una bruja? —preguntó Gerald, sacudiendo la cabeza.

En cuanto la palabra salió de su boca, Jonathan supo que habría problemas. Se abalanzó sobre el hombre y lo agarró del cuello. —Mi esposa no es ninguna bruja.

—Al contrario —dijo el juez William, desmontando de su caballo. Eli y Parker también estaban allí, mirando con furia a Gerald y sus hombres. La chica que había intentado hacerse pasar por Molly se acercó desde detrás de Parker—. Mi sobrina es ciertamente lo que ustedes llamarían una bruja. Aunque su capacidad para pensar fuera de lo común es limitada. No entenderían el término Fae, así que haremos lo posible por mantenerlo simple.

Gerald resopló. —¿Juez?

Con un movimiento de su mano, los papeles que tenía el tipo de las gafas estallaron en llamas. El juez sonrió y se limpió las manos como si realmente las hubiera tocado. —Bueno, ahora que hemos aclarado eso, ¿qué les parece si nos aseguramos de que no haya duda sobre si ustedes dos están casados legalmente o no?

Jonathan parpadeó y luego asintió. —Sí, señor.

—Toma las manos de Molly entre las tuyas y repite después de mí —dijo—. Yo, di tu nombre, tomo a, di su nombre, como mi legítima esposa.

Arrastrado por el momento, Jonathan repitió lo que el juez había dicho textualmente. Cuando su primo y su hermano se rieron por lo bajo, se dio cuenta de su error. —Eh, quiero decir. Yo, Jonathan Thomas MacSweeny, tomo a Molly Cogan como mi legítima esposa.

—Hasta que la muerte nos separe —continuó el juez.

Jonathan repitió sus palabras.

Molly lo miró, mordiéndose el labio inferior hasta el punto en que Jonathan pensó que se haría un agujero. Cuando ella dudó, él asumió que era porque realmente no quería ser su esposa. Ella encontró su mirada y él vio la emoción cruda en sus ojos mientras trataba de no llorar. Su instinto le dijo que eran lágrimas de felicidad, así que no se ofendió.

—Yo, Molly Cogan, te tomo a ti, Jonathan Thomas MacSweeny, como mi legítimo esposo. Hasta que la muerte nos separe.

—Por el poder que me ha sido conferido —dijo el juez—, os declaro marido y mujer. Besa a la novia y luego llévala a esa casa y llénala con mis sobrinos-nietos y sobrinas-nietas.

—Ya hemos empezado a trabajar en eso —dijo Jonathan mientras inclinaba la cabeza, buscando los labios de Molly.

Ella lloró abiertamente mientras le acunaba el rostro, devolviendo su beso.

—No llores, cariño —susurró él, consciente de que otros podían oírlo.

—No estoy llorando —. Sorbió y luego hipó antes de llorar más, aún aferrada a él.

—Shh, preciosa —dijo contra su sien—. Te amo y nadie podrá alejarte de mí nunca más.

El juez se volvió y dio una palmada en el hombro de Eli. —Hijo, llama a mi esposa. Dile que tenemos una boda que celebrar. Avisa al pueblo. Querrán compartir esto con Jonathan y Molly. Son los tortolitos del pueblo desde hace mucho tiempo y nada hace más feliz a la gente que una boda.

—¡Dejarán de ser los tortolitos del pueblo cuando todos se enteren de que él es un animal y ella una bruja! —gritó Gerald—. Lo cazarán como al animal que es y la quemarán en la hoguera.

Jonathan hizo ademán de ir por él. Molly se presionó contra él, manteniéndolo en su lugar.

—Gerald —dijo el juez con calma—. Eres un hombre muy ignorante. ¿Realmente crees que los chicos MacSweeny son los únicos seres sobrenaturales que viven en Prospect Springs? ¿No sería algo si fueras tú la minoría y al armar este alboroto, estuvieras pintando una diana en tu espalda, suplicando que nos unamos todos y manejemos la situación?

Tirando del cuello de su camisa, Gerald lanzó una mirada preocupada a su alrededor y retrocedió, inclinando la cabeza. —Esto no ha terminado.

—Eso es lo que tú crees, pedazo de... —Jonathan fue hacia él y se encontró siendo derribado al suelo por su hermano, su primo y Cole.

—Hermano —dijo Parker con aspereza—. Contrólate.

Sabiamente, Gerald y sus hombres se dispersaron, alejándose rápidamente a caballo. Ya se habían ido cuando los hombres dejaron levantarse a Jonathan. Se puso de pie y se sacudió el polvo, de mal humor. —Dame una buena razón por la que no pueda matar a ese maldito pedazo de estiércol de caballo.

—Porque es tu día de boda —dijo el juez con serenidad. Sus palabras detuvieron la diatriba de Jonathan casi al instante. El juez sonrió—. Nos llevará un tiempo a mi esposa y a mí organizar una fiesta, pero con la ayuda de todos estos —Hizo un gesto hacia todos los que los rodeaban—, lo lograremos. Mientras tanto, lleva a tu nueva esposa a esa casa tuya y ponte a trabajar en esos pequeños.

—¡Tío William!

Extendió su mano hacia Molly. —Cariño, no hay un hombre vivo con quien prefiera verte más que con Jonathan. Él te tratará bien.

—Por supuesto que sí —añadió Jonathan. Esperó hasta que William terminó de abrazar a Molly antes de alejar suavemente a su esposa del abrazo del juez. Besó su sien—. Bueno, señora MacSweeny, ¿qué dices de una fiesta en nuestro honor?

Molly le regaló una sonrisa. —Digo que más te vale tener tus zapatos de baile puestos, esposo.

Epílogo

JONATHAN ENTRÓ en la cabaña y arrojó su sombrero y su placa sobre la mesa lateral. Su día había sido largo y duro. Toda la cabaña olía deliciosamente y se preguntó qué habría cocinado su esposa para ellos esta noche. Todavía no podía creer que Molly fuera finalmente suya. No importaba que ya llevaran casi dos años casados.

Ella entró en la sala de estar con un niño pequeño en brazos y mermelada untada en la cara. Suspiró. —¿Puedes vigilarlo? Se mete en todo.

Riendo, Jonathan tomó a su hijo en brazos. Rodeó la cintura de su esposa con el brazo libre y la atrajo hacia sí. La besó apasionadamente en los labios y luego arqueó las cejas. —¿Cuánto tiempo más podré hacer esto antes de que tu enorme barriga se interponga?

Ella le dio un golpecito juguetón en el brazo. —Fue tu idea tener otro bebé. Ahora tienes que vivir con ello.

Él observó a su mujer. Estaba aún más hermosa embarazada. Ella no sabía que verla así le hacía querer asegurarse de que permaneciera en ese estado el mayor tiempo posible. Con un niño aquí y otro en camino, Jonathan era el hombre más feliz del territorio.

—Te amo —le dijo a su esposa mientras su hijo untaba su mano cubierta de mermelada en la mejilla de Jonathan—. A ti también te quiero, pequeño.

Molly se rio y negó con la cabeza mientras se dirigía a la cocina. —No puedo creer que haya dejado de cazar forajidos por esto. Es un trabajo condenadamente duro.

Jonathan la siguió, aún con el niño en brazos. —¿De verdad lo echas de menos, Molls?

—No, pero me gusta molestarte —respondió con un guiño—. He dejado atrás mis días como la Marshal Molly y no hay lugar donde prefiera estar que aquí con ustedes dos.

FIN

Sobre la autora

Una pizca de fantasía, una pizca de paranormal y mucho romance erótico.

La autora superventas del NY Times y el USA TODAY, Reagan Hawk, escribe machos alfa sexys y las mujeres que les hacen doblegarse con facilidad. Para leer más sobre los libros de Reagan, visita su sitio web www.reaganhawk.com